España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año II | México, D. F., 19 de Mayo de 1945 | Núm. 66

AL MARGEN DE SAN FRANCISCO

ESPAÑA, CLAVE DEL ENIGMA

Con frase precisa, el licenciado Ezequiel Padilla, secretario de Relaciones Exteriores de México, ha dicho en San Francisco que sería un sarcasmo la presencia del gobierno franquista en la Conferencia de la Puerta Dorada. Un sarcasmo, en efecto, y una vergüenza para quienes lo admitieran en su compañía. Celebramos que lo reconozcan así públicamente los hombres que en la Conferencia tienen representación oficial. Se nos permitirá, sin embargo, que hagamos expresiva nuestra perplejidad ante lo que viene sucediendo en la esfera internacional con el gobierno de Franco. No por las palabras del canciller Padilla, perfectamente lógicas con la actitud mantenida por el gobierno mexicano desde que la guerra de España dió comienzo, sino por el contrasentido que implica la posición de otros países con referencia a España. Las afirmaciones de don Ezequiel Padilla las repetirían seguramente, y acaso con más crudo lenguaje, todas o casi todas las Delegaciones que asisten a las deliberaciones de San Francisco. Algunas no han andado remisas para manifestar su repudio hacia el régimen falangista, y damos por indudable que ni una sola votaría favorablemente a la admisión de Franco si el problema llegara a incluirse en el orden del día de la Conferencia. Pero ahí está, exactamente, el contrasentido de que estamos hablando. Si se reputa —y sobran motivos para ello— que el gobierno franquista es indigno de figurar en las asambleas internacionales convocadas para estructurar la paz del mundo bajo el signo de la democracia ¿cómo se entiende que los mismos que le niegan ese derecho mantengan relaciones normales con él? Si su comparecencia en San Francisco constituiría, desde luego, un sarcasmo, no lo es menor el que supone otorgarle trato de gobierno legítimo consintiendo un diálogo que resulta ofensivo para cualquier país que se llame demócrata. Nos gustaría conocer la maravillosa dialéctica mediante la cual pueda justificarse tamaño absurdo.

Desde hace tiempo, una gran parte de las repúblicas americanas de habla española —justamente aquellas que por su cultura y madurez políticas figuran a la cabeza del continente— han demostrado de manera explícita su aversión hacia el régimen falangista imperante en España, no sólo por la barbarie de sus métodos —sin parigual en la historia moderna— sino por su parentesco entrañable con las naciones, ya vencidas, del Eje, parentesco que el caudillejo pretende ahora negar dedicándoles a los vencedores unas zalemas que por su vileza producen náuseas. En varias de esas repúblicas el sentimiento de aversión no se ha limitado a las manifestaciones populares, sino que ha cobrado estado oficial a través de acuerdos adoptados por las Cámaras legislativas correspondientes. ¿Por qué esos acuerdos o recomendaciones no se han traducido en realidad inmediata, excepción hecha de Guatemala, cuyo ejemplo magnífico significa un honor para sí, pero también una lección para el resto de América? No hemos podido descubrir el secreto, aunque lo sospechamos. Pero lo evidente es que quienes de veras se propongan librar a España del cáncer falangista, barriendo a la vez de Europa el foco de contagio fascista que está implícito en el franquismo, no han de limitarse a declaraciones puramente retóricas. De esa artillería se ríe Franco, como antes se rieron Hitler y Mussolini. La razón es sencilla: el fascismo, cualquiera que sea su forma —todas una y lo mismo— no sabe de argumentos morales. Para que los dos grandes histriones se derrumbaran ha sido menester que la democracia, saliendo del sueño ofidio en que vivió durante muchos años claudicantes, pusiera en juego todos sus recursos ofensivos. La victoria ha llegado. Pero en España queda la última fortaleza por tomar en Europa. Y es tanto más extraño que se la deje subsistir por cuanto para hacerla capitular no hace falta reñir batallas cruentas. Bastaría con establecer, mediante el aislamiento, un cordón sanitario que ahogaría al franquismo sin tardanza. Si no se ha hecho ya es porque lo impiden influencias oscuras que no podrían confesarse en alta voz. Es la única explicación a que podemos acogernos, pero tan penosa y falta de nobleza, que no hace más que traernos sonrojo.

Con un encogimiento de hombros carente de gallardía, la Asamblea de Chapultepec rehusó tratar el problema de España, remitiéndolo, por vía tácita, a la Conferencia de San Francisco. En San Francisco está la Junta Española de Liberación, y no perdiendo el tiempo, ciertamente, aunque no siempre la ganancia corresponda al esfuerzo. Los motivos que se adujeron en el castillo de Chapultepec para no abordar el pleito de España ¿siguen teniendo validez en San Francisco? Esperamos que no. Nada habría que lo justificara, sobre todo cuando la guerra ha terminado en Europa y ya no cabe invocar alegaciones estratégicas —que siempre hemos tenido por falsas— para prolongar la farsa de las relaciones diplomáticas con Franco. Pero quienes en ningún caso pueden inhibirse ya son las repúblicas americanas que hablan español. Va en ello su decoro político, el sentido histórico que las vincula a una España liberal, su propia responsabilidad de pueblos libres. Y todas las naciones reunidas en San Francisco están en el deber estricto de probar que los principios humanos por los cuales se dijo que la guerra cobraba carácter filosófico, no han sido arrumbados. De todos los problemas que a los gobernantes de las democracias se les ofrecen a la hora presente, ninguno tan concreto y urgente como el de España. Es el que sirve de piedra de toque para medir el grado de pureza de la política aliada. España es la clave del enigma.

Desde San Francisco

MEXICO, ABANDERADO

SAN FRANCISCO, mayo 17. —El señor Ezequiel Padilla descubrió la actitud que México sostendrá en la Conferencia de San Francisco respecto al caso de España. Realmente hemos empleado mal el verbo descubrir, porque no resulta apropiado. Hablaríamos con más propiedad si dijéramos que el señor Padilla ratificó, o reiteró, la actitud de México, pues descubrir, no descubrió nada, ya que nada nuevo reveló.

Sin embargo, las palabras no tienen siempre el mismo valor. Este es distinto según la ocasión y el sitio en que se pronuncian. No es lo mismo decir en México lo que dijo en San Francisco el Secretario de Relaciones Exteriores de ese país, ni habría sido lo mismo que le hubiera manifestado en su despacho ministerial de la avenida Juárez ante los informadores locales que allí le visitan ordinariamente, que en el club de prensa de esta capital californiana, cercano al hotel Saint Francis y ante muchísimos redactores de periódicos del mundo entero, ante una selección de los dos mil periodistas llegados a la conferencia internacional. La resonancia de las palabras es aquí y en tal ocasión infinitamente mayor.

Antes de pasar a comentarios, digamos cómo ocurrieron los hechos. Don Ezequiel Padilla presidía un banquete que los periodistas daban en su honor, y a los postres se le escuchó un brillante discurso cuya traducción taquigráfica todavía no se hacía a la hora en que escribo. Pero las personalidades políticas y diplomáticas que comen entre periodistas han de estar precavidas, pues sus comensales, lejos de contentarse con oraciones preparadas y floridas, se entregan a preguntas intencionadísimas, capaces de poner en aprieto al más pintado.

Fué con motivo de una pregunta de esa clase cuando el señor Padilla hizo la declaración que deseamos subrayar. Un reportero preguntó al licenciado guerrerense por qué causa no se invitaba a la Conferencia al Gobierno de Franco, del mismo modo que se acaba de invitar al de Perón. Al interpelado no se le atragantó la pregunta. Por lo contrario, fué al preguntador a quien se le atragantó la respuesta, rápida, briosa y contundente.

El señor Padilla, tras recordar la clarísima y consecuente política internacional de México y de ratificarse en ella, manifestó de manera terminante y categórica que la España de Franco no podía asistir a la Conferencia de San Francisco, ni participar en el organismo internacional proyectado, y que México se opondría en forma enérgica a lo uno y a lo otro por tratarse de un régimen político que se estableció merced al auxilio militar de Hitler y Mussolini, ahora aniquilados.

Estamos seguros de que la voz de México tendrá en el seno de la Conferencia y sobre el particular que tanto nos afecta a los españoles, el mismo acento rotundo que tuvo en el club de prensa.

No nos atrevemos a vaticinar cuántos países seguirán a México; si serán mayoría o sólo minoría. Eso lo veremos en su momento. Lo que ahora importa y debe regocijarnos a los republicanos españoles, es saber que nuestra bandera no quedará aquí abandonada. Ya la tremola con mano vigorosa el representante de la nación que más generosamente se ha comportado con nosotros.

El gesto de Padilla nos consuela y nos conforta tanto por lo que nos favorece directamente, como por lo que en el orden moral se beneficia México con una actitud honrada, decorosa, decente, que vale muchísimo en estos tiempos de relaciones internacionales semejantes a las de los gitanos en las ferias de ganados, donde no hay palabra que se les pueda creer porque la deslealtad y el engaño presiden todos sus tratos.

INDALECIO PRIETO

VOCES EN SAN FRANCISCO

EL TRIO DE LA BENCINA

Mientras en San Francisco los delegados de cuarenta y seis naciones, de las que la mayoría desconoce los sufrimientos de la lucha, se dedican al divertido juego de pronunciar floridos discursos henchidos de frases prometedoras, aunque vacías de emoción y sentido humanos, los cañones dejan oír los últimos estampidos de la lucha cruel y devastadora sobre los campos europeos.

Pero ciertamente que a esos últimos estampidos no hacen eco las voces del coro o de los "coros de San Francisco".

Durante años que nos han parecido siglos se nos ha predicado que en esta guerra se hallaban en juego los derechos del hombre, la libertad de los pueblos para regirse por sí mismos y el respeto a los principios democráticos.

Ni aquellos derechos, ni esa libertad, ni estos principios han tenido leales defensores entre los que elevaron sus voces, como divos de conjuntos disonantes, en el inarmónico concierto del teatro de la Opera de la urbe californiana.

Un delegado americano de tonos atildados, maneras distinguidas y voz cuidadosamente modulada, para no herir ni al bien ni al mal, sostenía que "Pueblo y Gobierno, en muchos casos, no son una misma cosa. Y que, a un pueblo de hombres demócratas no se le puede hacer víctima de los desvíos de un gobierno transitorio". Y apoyado en estos principios pide que la conferencia invite al gobierno transitorio de la Argentina incurso en el grave delito de los desvíos condenados. Es decir, que el premio a que se ha hecho acreedor el democrático pueblo argentino, se le otorga al gobierno que lo tiraniza.

Y por si nuestro criterio padeciese ofuscación por la parcialidad democrática que nos abrasa el alma, un hecho insultante, de auténtico tipo facista, nos viene a dar la razón.

Mientras los conceptos transcriptos se elevaban en el teatro antes citado, como un sonoro do de pecho que recorre del foro a las candilejas, el gobierno cuya invitación a la conferencia se demanda con emocionada angustia, perseguía a sus discrepantes políticos, encarcelando a unos y deportando a otros. Y estos discrepantes políticos de Farrel y Peron no cometieron otro delito que ser hombres liberales, hombres demócratas. Amigos leales y sacrificados por el credo defendido por las Naciones Unidas. Estos hombres carecerán de representación y voz en San Francisco. Triste destino el de los luchadores de la libertad. Pero sus verdugos, hechos a la imagen de los dictadores europeos, algunas de cuyas cabezas ruedan allá en el viejo Continente, se presentarán en Puerta de Oro con los altos honores que les rindan los paladines del naciente panamericanismo.

Honor a los que vertieron su sangre por la libertad. Loor a los millones de seres sacrificados en holocausto de los derechos del hombre, y de la implantación de normas justas y humanas en el mundo.

Los vivos a la conferencia. Los muertos, encarcelados y perseguidos al olvido. Noble manera de rendir culto a quienes, románticos de un ideal, lo dieron todo por ese ideal.

Pueden los delegados americanos a la conferencia, apuntarse un tanto seguro, pues los histriones argentinos harán la fervorosa profesión de fé democrática que se les pide para que "dignamente" puedan alinearse entre las Naciones.

El fraude que se prepara adquiere tales caracteres de monstruosidad que únicamente los tontos, los pillos o los indiferentes pueden admitir como buena la mercancía que ya huele a averiada.

* * *

Otro delegado americano a la misma conferencia, en respuesta a unas palabras rotundas pronunciadas por el delegado soviético en contra de las infiltraciones nazis, sostenía que la investigación en el caso argentino estaba en pugna con la política de no intervención, ya admitida en la conferencia.

Algo podríamos decir, y muy doloroso, los republicanos españoles al delegado de marras, sobre política de no intervención. Con ese hierro candente de la no intervención fuimos tatuados los republicanos españoles.

La política de no intervención fué la farsa más repelente que permitió la caída en manos del fascismo, de un régimen legítimo, libre y democrático como el de la República Española. La política de no intervención ignoró, o lo que es peor y más cruel, fingió ignorar la intervención de Alemania e Italia en la guerra de España. La política de no intervención impidió que gobiernos y pueblos democráticos fuesen en ayuda de un régimen legítimo atacado por el nazismo y el facismo, desde fuera, y por el falangismo traidor desde dentro. La política de no intervención fué el dogal con que estrangularon a la República Española los ineptos, los cobardes, los pobres de espíritu y los que perdieron la fé en los ideales que decían defender. Hoy se trata de condenar la torpe política de aquellos días, las claudicantes humillaciones de aquellas fechas. Tarde ya. El daño se ha hecho y la reparación se nos reputa irrealizable. Tal vez puede haber modificación de conducta en espíritus arrepentidos, pero las brisas que nos llegan de las costas californianas no nos dejan lugar a forjarnos demasiadas esperanzas. Se vuelve a insistir en la misma política que tantos daños acarreó al mundo, se coquetea con el fascismo. El delegado americano de turno también entonó un himno a las virtudes democráticas del pueblo argentino, sosteniendo —y va de paradoja— que no debe distinguirse entre Pueblo y Gobierno, puesto que todo es uno y lo mismo, y que invitado éste, aquél está representado.

Encontramos pertinente que los delegados formen y se adscriban a uno o varios coros, todos ellos sujetos a la dirección de inteligentes batutas. Ahora, lo que ya no nos parece tan congruente es que los coros comparezcan en público sin someterse previamente a la provechosa disciplina de los ensayos.

¿Cómo pueden sostenerse dos posiciones tan antitéticas, en nombre de un mismo principio, aún cuando este principio sea el del panamericanismo, según sus mentores fundado sobre profundas convicciones democráticas y liberales?

Un poco más de decencia y honestidad se requiere en quienes se dicen paladines de la libertad y en nombre de ella pretenden imponer normas al mundo del futuro.

En San Francisco falta una bandera, se arguyó: la de Argentina; y una sombra: la de San Martín.

Si la bandera ha de ondear en manos del actual grupo Peron-Farrel, no deja de constituir un insulto lanzado a la memoria, aún fresca, de los millones de hombres caídos en el campo de la lucha. La sombra de San Martín hubiese sido, a no dudarlo, un impecable acusador de los defraudadores de la paz, que hubiesen sido lanzados del templo donde tratan de engañar al mundo, con arreglos con gotas de fascismo.

Los nuevos campeones que le han nacido a la libertad están muy lejos de sentirla con la profundidad y emoción que los momentos presentes demandan.

* * *

Y aun surge una tercera voz, para que así se complete el trío desconcertante. Un destacado editorialista norteamericano, que ha dado en la triste manía de poner paño al púlpito cada vez que de asuntos europeos trata, sostiene la siguiente tesis peregrina: "A los aliados no les preocupa que el régimen de Franco sea fascista o totalitario, sino que Franco violase la neutralidad".

Esta tesis bordea los campos del más repugnante cinismo. De este modo el triunfo del fascismo en América es cuestión de paciencia.

La ruptura de la neutralidad por Franco no es obra de ahora. Franco en estos instantes se dedica a la tarea poco española y caballeresca de entregar a sus antiguos amigos y colaboradores en manos de sus jueces. A esos amigos con cuya ayuda él escaló el poder que tan indignamente ostenta. A esos amigos y colaboradores por cuyos principios totalitarios él rompió la neutralidad. El momento oportuno de lanzar sobre Franco la acusación de ruptura de neutralidad fué cuando ésta se produjo. Lanzar ahora la acusación carece de gallardía, quedando relegados al mismo plano, en tal virtud, acusadores y acusado. Pero si cuando el hecho se produjo los aliados discernían trato de amistad a Franco ¿por qué se duelen ahora de un delito consentido y tolerado? La farsa turbia y mendaz no reconoce límites. Claramente se ve que el juego no es entre caballeros y que la paz, esa pobre paz que intentan administrarnos, será con gotas de fascismo.

En tanto que en Europa, "la putrefacta Europa" según expresión de un célebre comentador continental —célebre por muchos motivos— se están destrozando, reduciéndolos a ceniza y polvo, los últimos vestigios del fascismo totalitario y feroz, en el Continente Americano surgen los apaciguadores de las tenebrosas y nefastas teorías.

Nos duele en el alma este descubrimiento, y el dolor aumenta de grado al advertir que si Europa —no la putrefacta, sino la sana y viril— estuvo a punto de anegarse y desaparecer de la historia bajo ríos de sangre y miseria, sea en este Continente donde pueda hallar campo fértil para sus experimentaciones el fascismo desarraigado del viejo solar de las civilizaciones.

Por diversas causas sentimos devoción a América; por esa devoción nos gustaría verla alejada de cuanto tan de cerca y en la propia carne hemos sufrido en Europa.

A los hombres rectores de sus destinos les cabrá la enorme responsabilidad histórica de preparar el camino de su felicidad o de su desgracia.

GEZEDA.

ESTAMPAS DEL EXILIO

I.—EL FOTOGRAFO

He ahí —al aire libre, en un paisaje de mar— el joven de las muletas cómo se hace retratar al lado de su perrito... (Es una fotografía seguramente para enviar a su madre). El que lo retrata —un sujeto alto, delgado, aire de bohemio y con una blusa larga y amarillenta que le llega a los pies— es uno de esos fotógrafos típicos y ambulantes que uno encuentra estacionados por las ramblas, parques y jardines de nuestras ciudades. Ha venido a este exilio con su cámara fotográfica... (El barbero con sus navajas, el músico con su instrumento, el torero con su muleta y traje de luces, como el "Litri", por ejemplo). Es un discípulo de Réclus y de Kropotkine, este príncipe ruso que, como San Martín, dió su capa a los pobres.

Y ahora el hombre grita y empuja a unos curiosos que le estorban en la realización de su arte.

—Se ve que tiene mal genio... —dice el amigo con el que me paseo esta tarde.

—No, yo lo conozco bien; es muy bueno... Lo que ocurre es que ayer recibió una carta de su compañera —está en Barcelona, vive en casa de los padres de él— en la que le decía, y de una manera muy original, algunas cosillas que le disgustaron mucho... *"Ya me gusta que las paséis un poco duras, así cuando volváis no haréis tanto el burro."*

Y como sea que nos ha visto, ahora vamos a saludarlo.

—¿Qué tal? ¿Cómo marcha este negocio?

—Bien... Y ustedes, ¿qué cuentan de bueno?

—Esperando... Hay que esperar, esperar siempre. "Il faut partir, partir; toujours partir", aconseja eufóricamente Roland Dorgelés, este aventurero de los sueños y de la fantasía.

Y él, ausente, como si no hubiera oído, ahora añade:

—Hay buenas noticias... Un compañero de la organización acaba de anunciarme —una información que procede de fuente masónica, lo que da a entender que algo hay en ella de verdad— que se ha formado un Gobierno presidido por Sánchez Román, Maura, Martínez Barrio, Prieto, Portela Valladares...

Otro "bulo"; y es que —¡ay, aunque parezca mentira— eso también nos ayuda a vivir...

II.—LOS NAUFRAGOS...

Desde esta orilla de la playa, se ven unas luces pálidas y titubeantes, de luciérnaga, en el horizonte de la noche. El viento —veloz y sin brida, desbocado —ruge entre las olas con furia e ímpetu de huracán. (Ahí el relámpago apuñalando el espacio y se oyen unos truenos sordos, hundidos, subterráneos). Avanzadilla de una tempestad que se avecina.

Empieza a iniciarse la lluvia.

"Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola..."

* * *

Esta noche ahí en una cabaña, el leñador y su perro inseparable y fiel no duermen, abiertos tienden sus ojos... La ira y el ruido de esa tempestad huracanada —empuja las rocas peñas abajo y encoleriza los árboles y el agua de los riachuelos— inquieta el sueño, su espíritu. (En un rincón un fuego humilde, abandonado, agonizante; y un farol que cuelga con una luz tibia y mortuoria). Y el hombre del bosque piensa nostálgicamente que un tiempo como el de esta noche gusta de oír en invierno bajo el techo de su alcoba, allí en el pueblo...

"En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo..."

* * *

Una barquilla; y un leñador... Y yo el poeta errante y solitario que sueña ante un atractivo y hermoso espectáculo de la Naturaleza.

III.—CAMPA; Y DARNA...

Intimos, inseparables. Dos jóvenes inteligentes y entusiastas —uno Alcalde y el otro Consejero de Cultura del Ayuntamiento de San Felíu de Guíxols, el jardín de la Costa Brava... (No pudieron llegar a la frontera y luego se vieron aprehendidos y condenados a muerte).

El domingo el cura párroco desde el púlpito habló con voz sentida y sincera a sus fieles: "Hay que implorar su indulto... Gracias a ellos no hubo en esta villa venganzas ni sangre".

Y aquella mañana los pescadores vieron el mar más tranquilo y azul.

* * *

Y sin embargo, llegó su hora... Darna —apenas unos veinticinco años— es el primero en morir. Ahí en su celda, y una vez escuchada la lectura de su sentencia de muerte, escribe unas palabras a sus padres:

—"...es preferible que acabe así; esta tarde me he mirado en el espejo y yo mismo no me conocía".

Y Campá, ante su piquete de ejecución —ahí en el cementerio de Gerona, sembrado de cruces y cipreses—, exclama:

—Rápido... Tengo frío.

La muerte para ellos era una liberación.

El día que en España caiga el verdugo que hoy la oprime y ensangrienta —esa caricatura ridícula y grotesca del Cid— alguien en el corazón de Madrid puede erguirse de entre la multitud desbordante y jubilosa y gritar al mundo entero, evocando aquella misma frase célebre de Bossuet:

—"Venez, peuples, venez maintenant; venez voir qui nous reste d'une si auguste patrie, de tant de grandeur, de tant de gloire!"

A. CABRUJA-AUGUET

IDEAS Y PALABRAS

UNA LECCION DE HISTORIA

En "España Republicana" he leído, con retraso, la admirable conferencia pronunciada por el ilustre profesor Don Fernando de los Ríos, en México, sobre "Sentido y significación de España".

En ella dice el docto conferenciante que su sueño cuando fué Ministro de Educación, era el Toledo del siglo XIII, o mejor dicho, la España del siglo aquél de Alfonso el Sabio, y que ello lo dijo en Tetuán, rodeado de moros, árabes, hebreos y cristianos.

Estas y otras muchas afirmaciones de pensador profundo, erudito inagotable y apóstol laico, de amor infinito a España, dijo en la Capital del Protectorado Español en la visita oficial que realizó siendo Ministro del Gobierno de la República en 1931, poco después de su proclamación.

Desempeñábamos a la sazón la Jefatura Superior de las Intervenciones y Fuerzas Jalifianas, de cuyo organismo político-militar dependían todos los indígenas y hebreos residentes en el Marruecos Español. Por esta circunstancia acompañamos al ilustre hombre público en sus visitas a las cábilas y organismos dependientes del Gran Visir, o primer ministro de S. A. I. el Jalifa, del cual éramos interventor por razones de dicho cargo.

Con este motivo, tuvimos la fortuna de escucharle las once conferencias, más que discursos, que pronunció en diferentes ocasiones ante los indígenas notables y populares, la colonia israelita y los funcionarios civiles y militares metropolitanos. Fueron todas ellas muy aplaudidas y comentadas muy favorablemente, y dejaron tras de sí una estela de admiración y simpatía, compartida por todos, sin exceptuar a aquellos elementos militares que cinco años después se alzaban contra la República, entre ellos el entonces Teniente Coronel de Regulares Indígenas de Larache, don Juan Yagüe, que presentó ante el ilustre Ministro de la República las tropas de su mando con un lujo y ostentación singular, para celebrar en dicho cuerpo el acto oficial del cambio de la bandera nacional antigua por la tricolor, y pronunció un vibrante discurso de entusiasmo republicano que seguramente recordará el docto profesor, sin comprender acaso hoy, no obstante su claro entendimiento y temperamento ecuánime, cómo entre los hombres pueden producirse tan paradógicas como incomprensibles apostasías.

Allí contempló también como en el Toledo del siglo XIII por él evocado, los tres cultos: el hebreo, el árabe y el cristiano, y recuerdo la buena impresión que le produjo el saber que a ciertos actos oficiales de gran solemnidad concurrían invitados por el Alto Comisario, el Obispo católico, el Santón de la Mezquita Grande y el Gran Rabino, sin que produjera extrañeza a nadie su presencia, ni el verlos reunidos, ni que se celebraran diariamente los actos religiosos de las tres confesiones ante el respeto general.

Allí confirmó la certera afirmación de que España es un pueblo fundido que coloniza con su sangre, con un sentido humano antirracista, en el que no juega papel alguno el interés colonizador de los sistemas anglosajones, holandés y francés. Y no por directrices gubernativas solamente, sino por espontáneos sentimientos e inclinación de nuestros emigrantes y adelantados.

Allí, en un discurso pronunciado en Tetuán, ante todos los generales, jefes y oficiales de la guarnición, escuchamos una lección de ética marcial sobre los conceptos de la patria y de la lealtad a la Carta Constitucional, abordando temas de sana moral militar, y testigos fuimos de la ovación de que fué objeto y de las felicitaciones que le prodigaron algunos de los que poco tiempo después seguramente le hubieran condenado injustamente, como a su ilustre compañero don Julián Besteiro.

Acude también a nuestra memoria la amena conversación con que nos deleitó después de un "té moruno", servido en su honor en casa del Jalifa, y de haber escuchado varios números de música y cantos árabes. Nos demostró que su erudición es igualmente extensa en este aspecto artístico. Con citas precisas y oportunas, señaló la relación que existe entre la música y cantos moriscos y el "cante jondo" andaluz.

Otros muchos y gratos recuerdos tenemos muy presentes de aquella interesante visita de inspección y orientación colonizadora, que puso de manifiesto la sana e inteligente intención que presidió desde los primeros momentos las conductas de muchos de los hombres de la Segunda República.

Invitamos a todos los españoles sin excepción a que lean esta admirable lección de historia evocadora de las grandezas de nuestra patria y que repasen todo lo que han dicho y escrito los conspicuos de uno y otro lado, a ver si encuentran en la oratoria y literatura "blanca" o en la "negra", algo que alcance la serenidad, erudición y altura de miras de la conferencia "roja" pronunciada por el benemérito prócer universitario Don Fernando de los Ríos, en el Círculo Cultural Socialista "Pablo Iglesias" de la ciudad de México.

Lecciones de tal categoría merecen editarse y propagarse profusamente, porque interesan sobremanera, no solamente a nuestros compatriotas de la inmortal Iberia, sino a los extranjeros amantes de la humanidad y de la verdad.

F. MARTINEZ MONGE

Buenos Aires.

UNA ESPAÑOLADA

El aprendiz de tirano

¡Miradle!

¡Parece hijo de Lacierva!: su nariz de pico de buitre borracho; sus mismos ojos de hiena en celos; su pausa de rata satisfecha; su. . .

Da ascos seguir voceando la estampa de este androide de pesadilla.

Está en pie y parece que está en cuclillas, queriendo hacer algo que no puede: sus brazos y sus piernas, cortos, y cuajados a puñados de flema de buey, y su grupa de una redondez y una exuberancia de luna llena en el ocaso, ya rozando con las rocas de una montaña, le imprimen esa postura tan crítica.

¡Parece hijo de Lacierva!

Hasta aquella gola de hirsuto y ralo pelo que, como un fleco le colgaba a Lacierva de su jeta en pecado mortal, este también la luce en su jeta igualmente marcada con el estigma de esa culpa, que si fuese perpetrada por todo varón de la Tierra, olvidando la Ley de la madre Naturaleza, la Humanidad dejaría de existir.

Sí, la misma gola de sátiro al revés, en la jeta de pregón del pecado de antivida, tiene éste que aquél; pero cambiando el tinte rojizo, que le daba al asesino de Ferrer su sangre en calentura de crimen, por el color negruzco que le dan los vapores de su hígado podrido, a este plagiario, y mercenario verdugo.

¡No!

No hay que despistarse.

Es el mismo.

Ese, sí, ese.

¡Ese que no se nos borrará jamás!

Ese que, por mucho que corra, huya, se esconda, o se revuelque en la charca de la farsa, no logrará perderse de nuestros ojos.

¡El mismo que "viste y calza"!: que mata, arruina, y esclaviza.

El mismo que alarga su pico a todos los palomares diplomáticos del mundo con crascitos de adulación, pidiendo horca y cuchillo para la libertad, y una pechuga de prodigio que lo incube y lo transforme en inocente tórtola de humanidad.

El mismo que acaba de cambiar aquellos gritos de ave sarcófaga, que han salido cuando en su poderío se daba festines en el cementerio que es nuestra patria, en soeces rebuznos de perdón, ahora que está agonizando en el muladar entre un grupo de despellejadores gitanos.

De gitanos, no: de moros.

Que nadie crea que nos anima ni el más leve aliento de menosprecio hacia esa raza del género humano, de Africa. El moro es para nosotros de tan alta calidad humana como la raza a que pertenecemos, o como otra de las que habitan la tierra.

Sí, que nadie se despiste por ciervuno; las masas, hechas una jauría, lo devoraban, y el caballo desbocado lo tiró.

Si llega a tener, don Juan, un pueblo como el alemán o el italiano, don Adolfo y don Benito, al lado del maestro de la huerta murciana, no hubieran tenido alta talla de tiranos.

Don Juan sí era español, pero su hijo don Francisco . . .

Don Juan si era español: con sus botas de elástico, sus pantalones a cuadros de odalisca, su camiseta a listas, su bombín; en una mano la navaja abierta y en la otra un corazón sangrando, escupiendo por el colmillo.

¡Qué bien lo inmortalizaste, Tovar!

Don Juan era el matón clásico de las cloacas de los bajos fondos del hampa española, que un día soñó con ser un tirano . . . pero le falló el ambiente.

Pero don Francisco, éste que tanto le iguala en el físico, hasta el punto de parecer su hijo, al "panocho" de la huerta murciana, no tiene de español ni el saludo.

Este aprendiz de tirano todo lo que sabe hacer para asesinar a España lo ha aprendido de Hitler y Mussolini; diríase que se ha educado, en su profesión de azote de España, en las escuelas de policía de Roma y Berlín.

Pero se educó en el Tercio, en Africa, que no le tiene envidia a ninguna universidad de crimen.

¡Miradle!

¡Parece hijo de Lacierva!

Pero nada más que en el físico . . . en lo otro al que más se le parece es a Mussolini; a Hitler, por mucho que haya sido su empeño, no le ha podido llegar ni a las suelas de las botas de montar.

Miradle cómo pasea, a saltitos como un cuervo por un muladar, o como un mono por un cementerio, en la sala que se ha escondido en el palacio del Pardo.

¡Miradle; que trata de escapar!

Se ha tirado por el balcón, y arrastrando una pata, huye, huye espantado, saltando por encima de los edificios, corriendo a campo traviesa, y también cumbrando los montes.

¡Miradle, que no se escape!

Se ha quedado clavado en la lanza de la veleta de una iglesia, y los sacristanes, los curas, y las beatas, salen como enjambre de la colmena, por el campanario para auxiliarlo.

Una beata que va montada en una caña de escoba ha sido la primera en llegar al tejado, lo ha desclavado con amorosa dulzura, y dándole un beso en cada mejilla, lo ha lanzado al espacio a que continúe su carrera para esconderse.

¡Miradle que no se escape, que va al mismísimo Vaticano a ampararse bajo las faldas del Santo Padre!

¡Si logra ocultarse allí, de allí lo sacaremos de una de sus garras!

Que nadie trate de ampararlo, porque será inútil: ¡ni aunque sea Churchil o el Tío Sam! Es nuestro, de los españoles, de nuestra exclusiva propiedad, como su maestro Mussolini del pueblo italiano; que este aprendiz de tirano, ha de ser discípulo, copiándole, del Duce hasta en su ocaso de celajes de sangre, en la gran Plaza de una ciudad, bajo las plantas del pueblo liberado.

Después, para inmortalizarlo, quedará con las manos ocupadas, eternamente, como Lacierva.

El "panocho" murciano, con la navaja y el corazón chorreando; y la alimaña de la ribera gallega, con una lengua de ahorcado y una tenazas al rojo.

Habrá que ponerle una pareja de guardias civiles a cada uno, para que el huertano no se coma el corazón, creyendo que es un tomate, y el playero la lengua, tomándola por una sardina.

JOAQUIN ARDERIUS

UNA MEDIDA JUSTA

Francia concederá la naturalización a los extranjeros que lucharon a su lado

PARIS, 14 de mayo.—La Comisión de Inmigración de la Asamblea Consultiva, reunida esta tarde, se pronunció en favor de la naturalización auténtica de todos los extranjeros ingresados voluntariamente en el Ejército Francés, o que hayan sido combatientes efectivos de la Resistencia. Propone, por otra parte, que todas las medidas de rechazo y expulsión de extranjeros, sean susceptibles de recurso ante los organismos judiciales.

Estas medidas están inspiradas en la doble necesidad de poner fin a las prácticas arbitrarias contrarias al espíritu democrático y de preparar una amplia polítitica de inmigración que tiende a enjugar el déficit de la mano de obra nacional.

EN MONTEVIDEO

Una plaza dedicada a don Manuel Azaña

Para conmemorar el XIV aniversario de la República Española, la ciudad de Montevideo ha dado el nombre de Manuel Azaña a una céntrica plaza, en la cual se elevará un obelisco a la memoria del ilustre repúblico, y donde se instalará también una biblioteca pública con obras de Azaña y de los clásicos españoles, costeado todo ello por los republicanos españoles de Argentina y Uruguay.

Declaraciones de un testigo

UN CAPELLAN DE LA MARINA BELGA HABLA DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACION DE ESPAÑA

Ahora que el gobierno franquista pone tan especial interés en negar las informaciones transmitidas por algunos corresponsales acerca del trato que los prisioneros reciben en los campos de concentración, nos parece oportuno reproducir de la revista catalana L'Emigrant, *que se publica en Chile, el siguiente interesante relato.*

Simón Leclef es capellán de la marina de guerra belga. Tiene unos ojos de azul purísimo y es elegante y cortés, como corresponde a un marino que además, es capellán. Pero, sobre todas las cosas, tiene ante nosotros un título que le hace extraordinariamente simpático: durante tres años, de 1940 a 1943, ha recorrido los campos de concentración de España y no siempre en calidad de turista.

No se hace rogar para explicarnos cómo fué su llegada a España. Cuando el desastre belga, huyendo de los alemanes, recorrió diversos puertos del Atlántico. Estuvo en Dunquerque, trabajando en la evacuación; descendió, después, por los puertos franceses a medida que éstos eran ocupados por los alemanes, hasta que, por fin, su barco llegó a Bilbao.

¡No sabía lo que allí le esperaba!

LLEGADA A LA PENINSULA

—La llegada de nuestro barco a Bilbao preocupó muchísimo a las autoridades españolas —explica—. Tomaron una decisión inmediatamente. Los marineros serían encerrados en el campo de concentración de Miranda de Ebro, y los oficiales podríamos, por el momento permanecer en Bilbao, pero con la condición expresa de presentarnos tres veces a la semana a la policía.

Los marineros estarían en buena compañía con los "rojos". Supongo que no tendré que proclamar que en España todo el que no es franquista es rojo. Por consecuencia, yo también era rojo y debí mi suerte a los galones. De lo contrario, hubiera conocido los horrores del látigo de la misma manera que los conocieron nuestros marineros.

AZOTES EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

No precisamente por candidez, le preguntamos:

—¿Pero es que en los campos de concentración se trata a los prisioneros a vergajazos?

—Es el trato normal... Y no creo que empleen el látigo únicamente los especialistas... Todo el mundo. El último de los soldados reparte latigazos a diestra y siniestra. Créanme, es algo inhumano. No querría molestarles, pero ustedes conocen ya la furia y la sangre caliente de los españoles...

—Siga, siga —interrumpe un compañero—. Conocemos a nuestros hombres... Hable.

Los marineros belgas no escaparon al látigo. ¡Eran también rojos! Al fin un día, pude hablar con el general Loriga para hablarle del caso. No sé por qué, pero inmediatamente de hablar conmigo telefoneó a Burgos al general López Pinto. Mis marineros fueron trasladados a poco al campo de concentración de Orduña, mientras que a mí se me permitió trasladarme a Madrid para gestionar la repatriación de mis compañeros. Con un par de días tendría bastante. Al fin conseguí lo que me proponía y todos los marineros que no eran necesarios para la conservación del barco pudieron salir para Inglaterra, vía Portugal.

No sé por qué, una cosa que a cualquiera le parecerá tan fácil, fué considerada como un éxito diplomático. Cómo sería...

HACE DE CENSOR EN ESPAÑA

—De vuelta a Bilbao —continúa— el jefe de la censura militar me preguntó si podía encargarme de la censura postal redactada en flamenco. No habré de decir que, considerando que de esta manera podría ser útil a los míos, acepté inmediatamente. La cosa marchaba bien, hasta que el cónsul alemán, por indicación de la Gestapo consiguió que me desplazaran. Volví a dedicarme a los prisioneros. De cuando en cuando, cruzaban la frontera ex combatientes belgas. La policía española se apoderaba de todo el dinero que traían y de todo lo que tenía valor y los encerraba. Acaso conozcan las prisiones españolas, pero yo les aseguro que no conocen de la misa la media...

Por esta razón concentré todos mis esfuerzos en centralizar a los prisioneros de todos los campos de concentración y cárceles en un solo campo, Miranda de Ebro. Para la Navidad de 1940 había un centenar de 39 naciones diferentes. Cada nación tenía su grupo. Los belgas, más tarde, llegaron a ser 600.

Después de una breve pausa, continúa:

—Me trasladé definitivamente a Madrid, alquilé unas oficinas e hice colocar en la puerta una placa que decía: "Embajada de Bélgica. Servicio de internados belgas en España".

Tenía autorización para hacer un viaje semanal a Miranda de Ebro. Les llevaba ropa, jabón... y comestibles. No tendré que decirles que se encontraban en la más espantosa miseria. Las dificultades que encontraban para adquirir lo que necesitaban, no las podría describir. Más del ochenta por cierto de lo que compraba tenía que buscarlo en la bolsa negra. Tuvimos suerte gracias a la ayuda de las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos. Todo marchaba normalmente. Todas las semanas, previos los permisos de los ministerios de Guerra y de la Gobernación, podía repatriar de diez a veinte compatriotas. Ello no tardó en molestar a la Gestapo.

DETENIDO

—El día 6 de junio de 1942 recibí la visita de la policía. Registraron todo de arriba abajo, y finalmente me llevaron a los calabozos de Gobernación. Eramos unos doscientos. Mis compañeros de celda eran un español que se llamaba Carlos Tercero —no lo olvidaré jamás— y un portugués... No hablemos de malos tratos... En ninguna parte del mundo se verá lo que pude ver allí... Al cabo de quince días me dejaron en libertad. No tenía tiempo que perder y organicé un tren especial para ochocientos refugiados. ¡Sería un récord! Del campo de concentración marcharon a San Sebastián y de ahí a Portugal.

—Pero ¿por qué a San Sebastián? —le preguntamos.

—No les extrañe... Cuando teníamos que hacer alguna cosa importante, teníamos que ir al país vasco o a Barcelona... Allí todo es mucho más fácil... ¿No ven ustedes que allí no cuentan con la colaboración de la gente y que la rebeldía en esas tierras es muy viva?... Naturalmente, volvieron a detenerme. Pude saber que la Gestapo estaba decidida a suprimirme y, como mal menor, que aceptaría que se me expulsase. Mi tarea estaba, sin embargo, ya realizada: 3.010 compatriotas repatriados, no era poco.

—¿Qué opina de la situación española —le preguntamos.

—Ser profeta hoy en que las cosas están ya maduras, no tiene gran mérito. Pero yo ya en el año 1941 dije que aquello no podía durar. El falangismo o el franquismo es la solución más antiespañola que se puede imaginar. No convencen a nadie, a pesar de los desfiles de muchachos de 15 años... Napoleón dijo que con las bayonetas se puede hacer todo, menos sentarse sobre ellas. Han hecho ya tres o cuatro depuraciones de la Falange, pero no conseguirán nada aunque hiciesen doscientas. Un día le preguntaba a un amigo cómo era posible que perteneciese a la Falange. Entonces él me dijo: Mire, llevo las flechas en la guerrera, pero debajo llevo algo muy distinto.

El 95 por ciento de los españoles son enemigos acérrimos de la Falange, y Franco, que es su jefe, cristaliza naturalmente todos estos odios. En resumen, puedo decir que España es un gran campo de concentración, dentro del cual hay españoles y otras gentes que no son considerados como tales y a los que simplemente se tolera. Por la más pequeña denuncia se puede ir a parar a la cárcel, no se sabe si por tres días o por tres años.

HAN MATADO A ESPAÑA

En este punto de la conversación, el señor Leclef pronuncia unas palabras que consideramos de gran importancia.

—Han matado el alma de España, ellos que tanto hablan de ella, han matado la hispanidad. Del español, del Quijote, no han hecho sino algo que no se diferencia del francés, del sueco o del alemán... Un hombre apagado, triste, desvitalizado...

Si no llega una solución rápida, el pueblo español habrá perdido definitivamente su carácter... Pero por otra parte, ¡ay de ellos si llega!... Lo que ocurrirá no podrá compararse con la pasada guerra civil; millones de personas, hombres y mujeres, aguardar la hora de la venganza. Y ésta no la detendrá nada ni nadie.

EL CLERO, GRAN CULPABLE

Después de una pequeña pausa, continúa.

—He de reconocer que el clero español no ha estado a la altura de su misión. En los púlpitos, en los confesionarios, no se habla de perdón, de caridad cristiana, sino de todo lo contrario... En todas las iglesias, además de acentuar los odios no se ha dejado de repetir que no hay que ser falangista... Ha querido cerrar los ojos a la evidencia; ha hecho del falangismo su propia causa y caerá con él. Cuando en lugar de predicar la palabra de Jesucristo predican la de Franco, se crean enemigos mortales que a la salida de la iglesia dicen: —Este capellán es el Anticristo y habremos de tenerlo en cuenta cuando llegue la hora...

No hay calificativo

Las traiciones de Franco

¿Qué palabra habría de emplearse para dar el calificativo justo a un hombre como Franco? Cualquiera de los adjetivos que se conocen y se emplean frecuentemente con las personas que han cometido un delito no se pueden aplicar a Franco. Porque si llamamos criminal al que mata a otro ¿cómo llamaremos al que ha matado a sangre fría y durante nueve años a más de dos millones de españoles? Si se le llama chacal al que despedaza a una mujer o a una criatura ¿cómo habrá de llamarse al que ha asesinado a miles de mujeres, centenares de ellas embarazadas, y a miles de criaturas, desde doce hasta quince años? Llamamos con indignación traidor al que con menosprecio de su dignidad engaña a otro y trafica con su palabra o sus ideas ¿Qué nombre habrá de aplicarse a Franco que ha cometido tantas traiciones? Algún día habrá de recoger la historia, en páginas sombrías y trágicas, la vida miserable de este hombre inhumano, como ejemplar único de perversidad y raro ejemplo de maldad premeditada.

A la total y absoluta falta de escrúpulos de ese hombre se une su estrecha mentalidad. Terco por naturaleza y soberbio por su enorme vanidad de hombre inferior, no concibe otras ideas que las suyas, ni las entiende. Y como su inteligencia se inclina, por voluntad de su contextura moral hacia el mal, cualquier idea, cualquier pensamiento, cualquier acción llevan invariablemente lo que pudiéramos llamar la marca de su autor: la traición o el crimen. Toda la vida de Franco es eso y nada más que eso: crimen y traición.

Hace muchos años, cuando todavía era teniente coronel del Tercio se organizó en el Campamento de Ben-Tieb una comida en honor de Primo de Rivera, y Franco intentó con un grupo de sus oficiales, pertenecientes todos a la Legión, secuestrar al Dictador con intención de eque variara la política marroquí.

Franco estaba comprometido con Sanjurjo en el golpe del 10 de Mayo de 1932 contra la República, pero traicionó a Sanjurjo, y al ver frustrado el movimiento negó su participación.

El mundo entero recuerda con dolor la sublevación del militar traidor en Julio de 1936. No sólo traicionó a la República, sino que vendió a su patria y permitió que los alemanes y los italianos y los portugueses y los moros humillaran al pueblo español y lo combatieran.

La historia no ha registrado hasta ese día funesto un caso como el cometido contra su pueblo por Franco. Ese día se escribió en España la página más vergonzosa de su vida. Desde aquella hora toda la obra de Franco está amasada con crímenes y traiciones. Traicionó a los propios generales que se sublevaron con él; traicionó a los monárquicos que le ofrecieron ayuda, los engañó prometiéndoles restablecer la monarquía y después se ha negado a reconocer al pretendiente.

Los actos cometidos por Franco desde hace un año dejan el ánimo sobrecogido. Eso no es impudicia, ni irresponsabilidad, ni cobardía, ni nada. Eso es algo que no tiene nombre y que hasta hoy no se había conocido. Declararse enemigo de Italia y Alemania; declarar la guerra al Japón; decir que el régimen franquista, aparte las distintas ideologías, podría tener un entendimiento con Rusia; pedir por decreto que regresen los exilados a los que ¡él! que es el mayor delincuente, promete perdonar; arrastrarse ante las naciones vencedoras por congraciarse con ellas después de haberlas estado insultando y amenazando... ¿Qué nombre tiene todo eso? ¿Cinismo, maldad, perversión, miseria? Estas palabras resultan pálidas y débiles. Sólo hay una que se le puede aplicar a Franco: ¡¡Monstruosidad!!

CLEMENTE CRUZADO

En Venezuela

Repudio al Régimen Franquista

CARACAS, abril 28. (Por avión).—En sus primeras sesiones del actual período, la Cámara de Diputados se ha ocupado del asunto de las relaciones de Venezuela con el gobierno de Franco. Hubo dos proposiciones, presentadas por sendos diputados del Partido Democrático Venezolano y Acción Democrática, el primero gubernamental y el segundo de la oposición. El debate ocupó dos sesiones, y aunque una y otra fracción condenan por igual el régimen franquista, al que califican de usurpador y bestial, se acordó no adoptar resolución por estimar que corresponde hacerlo al poder Ejecutivo y no al Legislativo.—*CORRESPONSAL.*

VALIJA indiscreta

NUESTROS ERRORES

A los republicanos españoles nos está bien merecido lo que nos pasa, por habernos adelantado a luchar contra Hitler y Mussolini, por habernos defendido antes de que nos diera permiso el señor Chamberlain. Otra cosa sería ahora de nosotros, si, en vez de oponernos con las armas a los planes preliminares del Eje para desencadenar la guerra europea, hubiéramos dejado invadir España por alemanes e italianos, haciendo sólo una parodia de oposición, como hicieron algunos países aliados que hoy ven restablecido "el gobierno propio que les fué arrebatado por la fuerza". El error del gobierno de la República fué, por lo visto, hacer frente al totalitarismo, en lugar de tomar un avión tan pronto como sonaron los primeros tiros y volar a Londres, donde se le hubiera considerado como un gobierno aliado en el exilio. El error del pueblo español fué, al parecer, luchar heroicamente contra nazis y fascistas y sus aliados falangistas y defender a Madrid durante cerca de tres años, en vez de entregar la capital a los pocos días de lucha —o casi sin lucha— como hicieron muchos países aliados. Ahora pagamos esos errores, y mientras caen los quislings de todos los países europeos, sigue en España el superquisling Franco. ¿Quién nos mandó a nosotros adelantarnos? Mala consejera fué para nosotros la dignidad, que nos impulsó a tomar las armas para defender nuestra independencia nacional. Mala consejera fué también la solidaridad democrática internacional, que el pueblo español fué el primero en sentir, y a la que se correspondió dejándonos ametrallar y bombardear por nazis y fascistas. Otro gallo nos cantara ahora si nos hubiéramos dejado invadir y nos hubiéramos dedicado al apaciguamiento y la colaboración, como hicieron tantos estadistas europeos. En último caso, ni Hitler ni Mussolini tenían ningún pleito con la República Española. Lo mismo les daba a ellos que implantásemos la reforma agraria en Cáceres o la ley de divorcio en Segovia. España no les interesaba por lo que hiciéramos los españoles en nuestra casa, sino por su situación geográfica, excelente para amenazar a Francia por la espalda y asegurarse bases mediterráneas y atlánticas contra Inglaterra. Las bombas que lanzaban en España los Junker y los Capproni no iban dirigidas contra nosotros, sino contra el señor Chamberlain y el señor Daladier. Ocurría, sin embargo, que esas bombas nos daban a nosotros y no a sus verdaderos destinatarios, de los cuales teníamos derecho a esperar, por lo tanto, alguna prueba de solidaridad. Del mismo modo, la ocupación de Mallorca por los fascistas, el bombardeo naval de Almería y el torpedeamiento de barcos en el Mediterráneo iban dirigidos principalmente contra el Almirantazgo inglés y no contra nosotros. Pero lo cierto es que en Mallorca los fascistas fusilaban a españoles, y en Almería morían españoles, y los barcos torpedeados en el Mediterráneo llevaban abastecimientos para los españoles. Eso hizo creer, sin duda, al Almirantazgo inglés que nada de lo que ocurría iba contra él, por cuanto las víctimas eran víctimas españolas. Nosotros contribuímos poderosamente al error del Almirantazgo inglés, del señor Chamberlain y del señor Daladier, formando el primer ejército que luchó contra Hitler y Mussolini, en vez de dejar que de ese menester antitotalitario se hubieran encargado los barcos de guerra ingleses y los soldados cipayos y senegaleses. Así nos luce en este momento el pelo a los republicanos españoles, a quienes todos se creen ahora con derecho a dar lecciones. "¡Hombre, si no estuvieran ustedes tan desunidos!" Pero olvidan que, en lo de dar lecciones, la primera lección de cómo se lucha contra el totalitarismo la dimos nosotros a todos. Y que lo de la unión es un puro camelo, porque precisamente ellos nos abandonaron cuando estábamos unidos.

Si en vez de ser los primeros en luchar contra Hitler y Mussolini hubiéramos sido los primeros en ponernos a su servicio, como hizo Franco, hoy tendríamos embajadores ingleses y norteamericanos que nos harían reverencias, como los tiene Franco. Si en vez de luchar, como tantos republicanos españoles, en las filas de los ejércitos aliados —Narvik, Bir Hakeim, Volturno, París, etc.—, hubiéramos enviado una División Azul para luchar a las órdenes de Hitler contra un país aliado, hoy estaríamos reconocidos por las Naciones Unidas, como lo está Franco. Si en vez de dedicarnos en el destierro a trabajar en favor de las Democracias nos hubiéramos dedicado a fusilar en España a todos los demócratas y a venderle gasolina y tungsteno a Hitler, hoy el gobierno norteamericano daría orden de no atacarnos en las emisiones de radio, como se ha dado orden de no atacar a Franco ni a Falange. Si en vez de defender la independencia nacional contra el hitlerismo, hubiéramos llevado moros a España para asesinar a mujeres, catedráticos y poetas, hoy nos bendeciría el Sumo Pontífice, en lugar de bendecir a Franco. Si en vez de ser una República, España hubiera sido una satrapía, hoy tendríamos gobierno propio, como lo tiene el Negus. Si en vez de ayudar al general De Gaulle en la liberación francesa, hubiéramos ayudado al gobierno de Vichy, hoy, en lugar de entregar Franco a Laval, nos entregaría Laval a Franco. Si en vez de ser demócratas, aliadófilos y republicanos, hubiéramos sido falangistas, nazis y fascistas, ya hubiésemos encontrado facilidades y medios de transporte para trasladarnos a Europa y acercarnos a España, como los ha encontrado el periodista franquista Fernández Armesto, alias "Augusto Assia", agente de la propaganda nazi, para trasladarse desde Europa a San Francisco con promesa de regreso. Si en vez de desear la victoria de las Democracias hubiésemos deseado y proclamado la inevitable victoria nazi, como hizo Franco, hoy el embajador de los Estados Unidos estaría banqueteándose en Madrid con el ministro de Estado de la República española, en lugar de banquetearse con ese Lequerica, ministro de Estado de Franco y antiguo agente germanófilo en Vizcaya. En resumen: las cosas nos han salido mal, por proceder bien. Nuestra gran culpa ha consistido en ser personas decentes y, sobre todo, en serlo mucho antes que los demás.

Lo más probable, sin embargo, es que los republicanos españoles no nos arrepintamos y sigamos siendo amigos de las Democracias. Lo más probable también es que las Democracias sigan siendo amigas de Franco. ¡Qué le vamos a hacer! La vergüenza no es para nosotros, sino para las Democracias; y, en último caso, todo esto se arreglará dándole a Franco garrote vil en España, con arreglo a la ley, sin ayuda de las Democracias ni del Vaticano.

Pero todo eso serviría, sin duda, para fomentar el escepticismo entre otros que no fueran republicanos españoles, gente incorregible como se ve. A nadie de nosotros se le ocurrirá, en vista de lo pasado y si se presentase otra ocasión como la de 1936, hacerse de Hitler. Nosotros detestamos eso que se llama "política realista", y que consiste en hacer guarradas a los amigos, como las que nos han estado haciendo a nosotros los que debían ser amigos nuestros. El republicano español tiene un fondo insobornable de dignidad, y nada nos enorgullece tanto como pasear nuestra dignidad por un mundo indigno, en el cual todavía Franco es considerado como un "caballero cristiano". Para resolver esta situación algo incongruente tenemos trazado nuestro plan, que consiste sencillamente en juzgar a Franco y ponerlo tranquilamente en manos del verdugo de Burgos, para que le dé vuelta al torniquete. No lo salvarán entonces ni los nobles lores británicos, ni los embajadores aliados, ni el Padre Santo de Roma. Nos hemos equivocado en muchas cosas, pero en eso estamos decididos a no equivocarnos. Alguna vez tendrán que salirnos bien las cosas.

EL VALIJERO

HEROES DE AMERICA

JOSE MARTI

Hoy hace cincuenta años que José Martí encontró la muerte en la aventura heroica que llenó de pasión toda su vida. América entera —por lo menos la América que tenga la sensibilidad despierta— le rendirá homenaje. Es decir, se lo rendirá a sí mismo, porque Martí es no sólo uno de los hombres que cubren con su fama el continente, sino uno de los más puros ejemplares humanos que pasaron jamás por la historia del mundo. Fué Martí una síntesis rara vez lograda de méritos y virtudes. A la grandeza moral del hombre, que había hecho pacto con el ascetismo y la humildad, se unía la claridad del pensamiento, la noble impaciencia que le llevó por los caminos del sacrificio. Su voz, hecha para ganar voluntades, tenía sonoridades de profeta. Su pluma —que era espada a un tiempo— daba como fruto una de las prosas más ricas, más densas en emoción y belleza que pueden encontrarse hoy mismo en castellano. Muchas de sus frases harán y hacen aún oposición permanente a ser esculpidas en la piedra. "Hay que ordenar mejor el mundo —dice una vez— si no queremos que el mundo se nos venga encima". Lo mismo que ahora, con palabras menos precisas y plásticas, estamos diciendo cada día. Martí siembra su espíritu en sus discursos, en sus prosas, en sus versos. "Moriré de cara al sol;—vengo del sol, al sol voy...", dice en uno de ellos. Y en otro se define a sí mismo sin pretenderlo, aunque la obra de Martí está siempre llena de sí mismo: "El vivo —dice— que a vivir no tuvo miedo". Es decir, el que vive sin miedo a morir, que esa es la expresión justa y cabal de su sentencia. Y Martí no lo tuvo nunca. Más bien pareció estar seguro de su destino sin que por ello le flaqueara el ánimo. Honremos a Martí, gloria legítima de Cuba, pero a quien tenemos igualmente por nuestro, no con títulos menores, los españoles.

LA HISTORIA Y LOS HOMBRES

El salto en las tinieblas

El hombre llega a familiarizarse con las más sórdidas miserias. El tabuco infecto que le resguarda de la intemperie, el duro camastro a que se acoge su cuerpo rendido de fatiga, la bazofia con que entretiene y engaña su hambre, tienen para él, a fuerza de habitualidad, la atracción de algo íntimo y protector. Y son pocos los que se arriesgan en una ruta desconocida a fin de mejorar de suerte. Los más ni aún son capaces de incorporarse y mirar un poco lejos. Así se explica que millones de seres humanos vivan en medios que nuestra sensibilidad rechaza como una vergüenza de la civilización.

Y, como los hombres, se habitúan los pueblos a la condición más triste y deplorable. Llegan a sufrir resignadamente las privaciones más acerbas, las injusticias más crueles, las violencias más envilecedoras. Como el estómago se familiariza con el hambre, se familiariza la conciencia con la abyección. Llega a ser soportable lo inicuo. Se toma por decoroso lo grotesco y por noble lo soez. A fuerza de reiteración, las mayores vilezas pierden todo sentido de agravio. Y son pocos los pueblos que se aventuran por caminos desconocidos hacia relidades menos dolorosas. Los más se conforman con seguir lentamente, paso a paso, las trabajadas huellas históricas. Y aun los hay que ni siquiera son capaces de una protesta verbalista.

En el fondo, se teme que puedan sobrevenir mayores desventuras. Nada inspira a los hombres y a las colectividades tanto temor como lo desconocido. Ante un camino nuevo, que se abre lleno de misterio, sólo la curiosidad del explorador se siente incitada. Los hombres se encuentran mal en países nuevos, entre ideas nuevas; sólo la idea de lo nuevo produce inquietud y molestia. Los ojos, hechos al ambiente casero, son incapaces de buscar los lejanos horizontes por encima de los precipicios y los abismos. El espíritu se sobrecoge ante el prestigio religioso del límite, que no en vano fué deificado por el firme y rudo patriotismo territorial . . . La fe nueva del descubridor tropieza siempre con las resistencias más obstinadas. "Nada de aventuras" es el tópico en que se expresa este misoneismo. Lo que inspira a los hombres y a los pueblos el supremo horror es . . . el salto en las tinieblas.

—¡El salto en las tinieblas! Sin él hubiera sido imposible salvar las grandes, las enormes distancias históricas. Detrás de las cumbres, más allá de los mares conocidos, está el salto en las tinieblas. Detrás de los Alpes y de los Andes está el salto en las tinieblas. Detrás de la Convención está el salto en las tinieblas. El salto en las tinieblas es la suprema audacia del heroísmo militar y del heroísmo civil. Es el doble salto mortal de los héroes y de los pueblos heroicos. Es el salto trágico de César, de Cromwell, de Napoleón, de Lenín. El salto prodigioso de Francia y de Rusia desde una época a otra de la historia con sus grandes revoluciones.

Salto peligroso, sin duda, de una emoción escalofriante. Con todo, no siempre es posible. A veces, ni quiera se ofrece este recurso desesperado. ¡Ya quisieran los paralíticos, los condenados sin remisión, los agonizantes, tener ante el ineluctable Destino la posibilidad trágica del salto en las tinieblas!

ALVARO DE ALBORNOZ

SOLIDARIDAD CON ESPAÑA

América celebró el aniversario de la República

Actos conmemorativos en Sao Paulo, Caracas y Santiago de Cuba

San Pablo, abril 20. (Por avión).— Las directivas de los Centros Republicano Español y Gallego, decidieron conmemorar el 14º aniversario de la proclamación de la República Española, realizando el día 14 de abril en el salón de fiestas del Centro citado en primer lugar, una gran sesión cívica, cuya apertura estuvo a cargo del Sr. Sebastián Collado Martínez, Presidente del Centro Republicano Español, y que contó, además de numerosos asociados, con la presencia de destacadas personalidades españolas y brasileñas. Hicieron uso de la palabra con discursos referentes al acto los señores Paulo Zingg, Jorge Amado y Edgar Leiró, todos ellos periodistas brasileños; el Dr. Milton Caires de Brito, en representación de la Liga de Defensa Nacional y D. Braulio Sánchez Sáenz, profesor español de la Universidad de San Pablo.

También prestaron su colaboración al acto, haciendo uso de la palabra, un representante del partido socialista brasileño, y una encantadora señorita que representaba en su persona a la mujer brasileña en su aspecto social.

De Río de Janeiro se leyeron adhesiones de los compatriotas Manuel Pérez, Alfonso Garrido y Ricardo Antonio Pérez, este último ex diplomático de la República.

El discurso oficial estuvo a cargo de Francisco Luna Vega, vice presidente del Centro Republicano Español, que pronunció las palabras siguientes:

Con grande emoción os dirijo la palabra esta noche en que estamos reunidos para conmemorar la fecha gloriosa que todos los republicanos españoles tenemos grabada en el corazón: 14 de abril de 1931, proclamación de la República Española, 14 años hace que el pueblo de nuestra patria dió una lección de civismo al mundo entero derribando para siempre con unas simples elecciones municipales libres, una monarquía carcomida, pero de edad milenaria, enraizada y apoyada en viejos partidos reaccionarios a todo lo que fuese progreso y justicia, y en una dictadura militar de tristes recuerdos.

Aquellos caciques políticos nunca permitieron que el pueblo español manifestase su voluntad en elecciones libres; procuraban conservarlo analfabeto e ignorante para perpetuar en beneficio de las castas dominantes la explotación y exclavitud a que lo tenían sometido. Su visión era tan corta y su egoísmo tan grande que no llegaron a conocer nunca el drama de la mayoría del pueblo español, que sufría hambre, necesidad y falta de aire libre para respirar los lemas de trabajo, libertad y justicia que siempre han sido su máxima aspiración.

Por esta causa, la mayoría de la Colonia española que reside en este país, como en todos los de América, ha tenido que abandonar el suelo patrio emigrando para estas tierras de promisión, en procura de un pedazo de pan, un poco de libertad y justicia. Nosotros mismos, y no debemos avergonzarnos por ello al declararlo públicamente, hemos salido de nuestra patria como emigrantes porque allí no se podía vivir. Ni España, ni el pueblo español tenían la culpa; toda la responsabilidad estaba en la monarquía; estaba en el clericalismo y el jesuitismo español que, apartándose de las enseñanzas de Jesús, comerciaban con su doctrina, procurando conservar siempre al pueblo en la ignorancia; y estaba también en esos partidos políticos que sólo procuraban echar el agua por su arroyo, sin importarles un comino el atraso, la miseria del pueblo, asfixiado por falta de libertad.

En los días de abril, el pueblo tuvo oportunidad de manifestar libremente su voluntad. Con unanimidad asombrosa y resolución firme, corrió a las urnas a depositar su voto, cuyo resultado fué la *Proclamación de la Segunda República Española*, régimen de trabajo, libertad y justicia para todos. Por eso el día 14 de abril de 1931, fecha gloriosa, estará siempre grabado en lo más profundo de nuestro corazón.

En nuevas elecciones elige sus representantes para elaborar la constitución que había de regir sus destinos, constitución que en su primer artículo proclama *"Que España se compone de un país de trabajadores de todas clases"*. ¿Cómo podían conformarse los que siempre vivieron a costa de los sacrificios y miserias de los demás, a formar parte de un país de esa naturaleza? ¿Cómo podían permitir que a ese pueblo conservado en la ignorancia por tantos siglos se le dieran escuelas, trabajo, pan y un poco de libertad? No podía ser, y usando sus métodos de infiltración, juraron fidelidad a la República y a su gloriosa bandera tricolor para, bajo su sombra y amparo, conspirar contra el pueblo que tan generoso había sido para con ellos, y en las segundas elecciones conseguir, con nombres supuestos, escalar el poder. En las elecciones de febrero de 1936 el pueblo los derrota de nuevo, y aquí comienza la tragedia, la gran tragedia de España y del mundo entero.

No vamos a recordar hechos, heroísmos, sacrificios sublimes; no vamos a hacer mención de la resistencia heroica de nuestros milicianos, y al decir milicianos, digo pueblo español, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos en todos los frentes de combate, Norte a Sur, Este a Oeste, ni siquiera nos detendremos en la resistencia de Madrid, que no ha tenido comparación en el mundo entero, hasta que en Stalingrado el no menos heroico pueblo soviético dobló la cerviz de la fiera nazi-fascista. Tampoco vamos a detenernos en victorias y derrotas, ni en Guadalajara, ni en el Ebro, ni en aquellos bombardeos criminales de Guernica, Barcelona, Madrid, Málaga y Almería, donde encontraríamos materia para escribir no uno, ni cien discursos, sino centenares de libros, y aún así serían insuficientes para describir la gran epopeya de España.

No quiero entrar tampoco en aquel aislamiento oficial a que se vió sometido el gobierno legal de España, elegido libre y democráticamente; todas las puertas estaban cerradas; inútilmente clamaba Alvarez del Vayo en la Sociedad de Naciones, corría de París a Londres, de Londres a París, de París a Bruselas, de Bruselas a Ginebra, de Ginebra nuevamente a París, la capital de Francia, nación hermana que también tenía un gobierno del *Frente Popular*. Nada de esto debemos recordar; no es hora de lamentaciones que a nada conducen. Ha llegado la hora de la acción y debemos poner manos a la obra.

Sabéis que todavía existen más de 20.000 condenados a muerte en las cárceles de Franco; sabemos que se cuentan por centenares de miles los condenados a prisión y a trabajos forzados; sabemos de las miserias y el hambre que sufre el pueblo español; sabemos de los milicianos esparcidos por el mundo entero que luchan hombro a hombro con los hombres de otras nacionalidades que combaten contra el nazifascismo; sabemos de centenares de miles de refugiados españoles que sufren las consecuencias del exilio forzado; sabemos que existen en Francia, México, Montevideo y otras naciones las Juntas de Liberación Nacional. Demos nuestro apoyo moral y material a la causa, pidamos a todos los gobiernos de las naciones unidas el rompimiento de relaciones diplomáticas con ese gobierno de España que sembró la ruina y la desesperación en nuestro pueblo, ayudemos a libertar a nuestros hermanos que sufren, y tengo la plena certeza de que estaremos tranquilos con nuestra conciencia por haber cumplido con nuestro deber. No quiero terminar sin antes congratularnos con todos los pueblos de las naciones unidas, por la victoria que se aproxima, y prestar nuestro homenaje de eterno reconocimiento y gratitud a las fuerzas expedicionarias brasileñas que luchan por la libertad y la justicia que es la causa de España republicana y la de todos los restantes pueblos amantes del lema trabajo, justicia y libertad. Quiero también prestar nuestro homenaje al pueblo americano, leyendo en este acto los telegramas que el Centro Republicano y Centro Gallego han enviado al Excmo. Sr. Embajador y Cónsul General en este país, con motivo de la irreparable pérdida que significa el fallecimiento del presidente Roosevelt. Los telegramas dicen así:

"Los republicanos españoles de San Pablo, por intermedio de sus entidades Centro Republicano y Gallego, profundamente conmovidos lloran con el pueblo americano y todos los pueblos demócratas del mundo la pérdida del gran presidente Roosevelt. Quiera aceptar nuestras condolencias, señor Embajador, y transmitirlas al gobierno y pueblo americanos con el dolor y sincero pesar que los españoles republicanos sienten ante tan trágico golpe sufrido por todos los pueblos amantes de la libertad y la justicia con la desaparición de ese gran líder Franklin Delano Roosevelt. Centro Republicano y Centro Gallego.— SEBASTIAN COLLADO y PEDRO ALVES BARRAL.—Presidentes.

COMITE DE AYUDA A LA REPUBLICA

Al final, el presidente del Centro Republicano Español, Sr. Sebastián Collado, dando cumplimiento a sus promesas, hizo saber a los presentes la necesidad de obtener fondos con el objeto de poder ayudar en lo posible a los compatriotas que vienen luchando para que en fecha próxima, España, pueda contar con su legal régimen republicano, que unos malos españoles momentáneamente le han usurpado, cuyo resultado fué la formación de un Comité de Ayuda, encabezado por los señores siguientes: Francisco Gómez Queija, Presidente; Francisco Luna Vega, Vice; Alfonso Garrido, Tesorero; Pedro Luis Fernández, Vice; José Galdón, Secretario; Helio Orellana, Contador; Pedro Alves Barral y Braulio Sánchez Sáez, Vocales.

Para auxiliar la campaña entre los brasileños, han sido invitados los señores Paulo Zingg y Dr. Alberto da Rocha Barros, periodista y abogado respectivamente, ambos brasileños.

MENSAJES DE SALUDO

Se cursó el telegrama siguiente al Centro Republicano Español de Montevideo, al Centro Republicano Español de Buenos Aires, y a don Alvaro de Albornoz, Presidente de la Junta Española de Liberación:

La colonia republicana española, conmemorando la fecha de la proclamación de la República Española, en íntima colaboración con el centro Gallego, saluda esa entidad, transmitiendo acuerdo unánime pro unificación de todos los republicanos que luchan por la libertad de nuestra patria y contra el yugo nazi-falangista. — SEBASTIAN COLLADO MARTINEZ y PEDRO ALVES BARRAL.—Presidentes. — CORRESPONSAL.

RESPUESTA DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

Junta Española Liberación congratúlase acto celebrado por ustedes conmemorando fecha proclamación República Española y felicitales por éxito del mismo. — Saludámosle atentamente — Félix Gordón Ordax — En funciones de Presidente. — Antonio María Sbert — En funciones de Secretario. — CORRESPONSAL.

EN CARACAS

"Para nosotros, que no tenemos que arrepentirnos de nada, no hace falta amnistía"

CARACAS, abril 20. (Por avión).— Más de 450 comensales asistieron a la comida con que se celebró el 14 aniversario de la proclamación de la República española, contándose entre ellos representaciones de México, Guatemala, Francia y los partidos demócratas de Venezuela. También se hallaba presente el profesor don Luis Jiménez de Asúa, invitado cultural para explicar un curso en la Universidad. Todos los representantes pronunciaron discursos ensalzando la fecha conmemorativa y haciendo votos por la restauración republicana. En nombre de la Comisión organizadora, don Toribio Echevarría, delegado de la Junta de Liberación en Venezuela, cerró el acto con la siguiente disertación:

En esta fecha gloriosa de abril, este año memorable de 1945, nos cabe la dicha de celebrar en un ambiente de victoria y de inminencias sensacionales, el décimocuarto aniversario del inmaculado advenimiento de la segunda República Española; episodio político que no tiene parangón a lo largo de la Historia, por la generosidad de que dió prueba entonces el pueblo español, siendo tan grandes, tan antiguos y tan numerosos los agravios de que pudo cobrarse a la hora de su triunfo. La hora de su triunfo, en vez de ser, como pudieron temer los culpables, el día de las vendimias de ira, que dice la Escritura, fué la ocasión sólo de efusiones, de nobles ingenuidades, de generosidad, de alegrías transparentes como aquella clara luz de abril, que el enemigo se apresuró a imputar a debilidad o tontería infantil, y que luego ha hecho dudar a muchos de los que con tanta nobleza procedieron si en realidad no encerraba todo aquello una gran equivacación.

Este aniversario, aunque siempre nutrido de esperanzas, envuelto otros años en la terrible inquietud de todos los demócratas por los destinos de la Civilización que están en juego en esta tremenda guerra que toca a su fin —y decimos civilización en su cabal sentido de civilidad, libertad, convivencia y respeto de la persona humana como un valor absoluto, y no al uso de los que quieren pasar su barbarie proclamándose defensores de la civilización del Occidente—, este año le celebramos curados de aquella congoja, si bien con la honda preocupación de los grandes problemas que va a plantear la paz.

Y entre estos grandes problemas, uno pequeño, que quizás resulte el mayor y de todos modos es fundamental, porque servirá de piedra de toque de la justicia que se va a hacer, cuando sólo y únicamente la justicia es la que puede servir a construir un porvenir de seguridad, que es lo que el mundo anhela; un porvenir en el que no vuelvan a encenderse y a entrar en conflagración los tremendos poderes destructivos que las técnicas modernas han puesto a disposición de las pasiones de los hombres.

Un pequeño problema, pues, que quizás resulte el mayor. Porque si ciertamente es grande el problema de aquellos pueblos que habían sido despojados de algún pedazo de su territorio, o que han sufrido la ruina de sus industrias o la destrucción de sus haciendas, y han tenido que sacrificar, a miles, vidas preciosas de lo más florido de su juventud, lanzados a una guerra que no quisieron, obligados por la agresión del que se sentía con fuerzas de ganar y realizar el horrendo negocio de la guerra; si es grande, repetimos, el problema de esos pueblos, es inmenso el de quien habiendo pasado poco más o menos por todo ello, y en una medida harto cumplida, sin ahorrársele ningún horror, hubo de soportarlo todo en medio de la inhibición general, —general y no absoluta, ya que hubo honrosas excepciones que no podemos olvidar, como la de Rusia y México— lavándose las manos casi todas las Potencias que podían reclamar la autoridad moral del mundo, y, lo que es peor, tratando de cohonestar su desvío, por no decir su deserción, con la imputación injusta de crímenes que calumniosamente le acumularon los verdaderos responsables de ellos, si es que los hubo, al objeto de ocultar los que a montones cometían en su zona los sublevados en la carne de los republicanos españoles, —porque no hace falta decir que estamos refiriéndonos a España— con la anuencia de las autoridades fascistas y la bendición de los Obispos que apoyaban anticristianamente a la facción con gran escándalo del cielo y la tierra.

A todo lo cual hay que añadir, para completar las dimensiones morales de este problema nuestro de España, que

a tal inhibición, a tal deserción y tal vergonzoso desconocimiento de nuestra tragedia, hubo de seguir durante seis años, que son los que van cumplidos desde que oficialmente terminó la guerra, que materialmente no ha terminado ni terminará mientras exista en la España eterna de la libertad que es la España auténtica, el martirio de las ejecuciones diarias mediante una monstruosa inversión del derecho; de las cárceles repletas de condenados que no tienen otro delito que el pensar distinto o el haber defendido, cumpliendo con su deber, una legalidad revestida de todos los sacramentos; el de los campos de concentración, de los batallones de trabajo, la policía y todo el aparato de las técnicas de aniquilamiento físico y moral tomadas directamente de la Gestapo alemana, que es la que ha estado mandando en España y manda desgraciadamente todavía.

Y aun hay que añadir más en nuestro caso. Hay que añadir el que a la hora de la victoria que está sonando, lo que todos los demás sacrificados esperan de derecho y lo tendrán generosamente y con universal contento, nosotros lo hemos de pedir como por favor a todas las puertas, sin gran fortuna hasta ahora, —ejemplo Chapultepec— como si existiese un siniestro empeño en hacer inevitable otra guerra civil que sería más cruenta que la anterior. Cuando lo que pedimos no es más que lo que se ha proclamado solemnemente como finalidad de la guerra por las Democracias: la nulidad de una situación de fuerza creada por la intervención extranjera, la destrucción de un régimen que es una prolongación de Hitler y Mussolini, y la restitución de una legalidad indiscutida e indiscutible, y para lo cual bastaría que los triunfadores, sin mover un soldado, hicieran lo que la decencia, la moral y un sentido elemental de higiene pública aconsejan, que es aislar el crimen fascista. He ahí, a grandes rasgos, el volumen de nuestra tragedia.

Hay una frase en Tácito, una sentencia, de la que seguramente Freud habrá hecho una teoría, que dice es condición humana odiar a quien hemos hecho daño, a la víctima de nuestra injusticia. Cuando la conciencia es capaz de conturbarse con el mal, —e indudablemente hay un fondo insobornable aun en lo peor de la humanidad— la víctima, que es una acusación viva y presente, se vuelve un enojo para el responsable y hasta acaba por hacerse odiosa por lo mismo. El mundo, con todo y haber retrocedido tanto en el orden moral, y a pesar de las cosas tremendas que han ocurrido después, capaces de paliar todas las tragedias, tiene la conciencia conturbada con el pecado de España, con lo que hizo en España dejando hacer a los Generales traidores, que prestaron el cuerpo de la nación para que los agresores que preparaban desde entonces esta hecatombe de ahora, de proporciones infinitas, hicieran su criminal experiencia, su sangriento ensayo in anima vili, la cual ánima despreciable que se quiere decir éramos nosotros, nuestras mujeres y nuestros niños inocentes.

Así, nosotros, si bien al parecer en ejercicios de humildad cuando llamamos a tantas puertas, con el orgullo infinito de la razón y la justicia que no nos puede negar nadie y con las que nos sentimos grandes como el mayor, somos la víctima conturbadora, la acusación ineludible, el testigo enojoso que produce aquella desazón del mundo, que vive y continúa por mucho que la hayan complicado otras desazones semejantes; pero de la cual desazón, inconfesada y muchas veces inexplicable para el mismo que la padece como un malestar ignorado del espíritu, nacen los imponderables que están en el fondo de todos los milagros de la Historia y son el misterio por el que, al fin, se cumplen todos los destinos, parece que tiene un sentido el suceder de las cosas.

En esta fecha gloriosa que conmemoramos, aquí, en este solemne acto en que comulgamos con el pan de la emigración todos los sectores de la República Española en Venezuela, catalanes, vascos, castellanos y demás pueblos peculiares que hacen la varia y rica fisonomía de España; trabajadores manuales y de la inteligencia, soñadores unos de una cosa y otros de otra, porque somos hechos más que nadie los españoles de la tela de los sueños, pero todos demócratas y beligerantes de esta guerra que empezó en nuestro suelo, y que la hemos seguido con las armas en la mano hasta donde nos fué materialmente posible, y luego con nuestra participación anhelante en todas las angustias, los sobresaltos y las esperanzas que han traído y llevado sus altibajos, amén de nuestros compatriotas muertos en la toma de Narwik, en la epopeya de Túnez y en la liberación de Francia; aquí en medio de estos testigos, todos de calidad, que nos rodean habiéndonos honrado trayendo la representación de los hermanos de otras Patrias, y, sobre todo, en presencia de los amigos venezolanos que nos han abierto su país como un hogar en sustitución al perdido nuestro; en el aniversario del advenimiento de nuestra República y a la hora en que el mundo espera de un momento a otro el término de su terrible pesadilla con la más hermosa de las victorias: la de los pueblos pacíficos, entregados a la vida civil y que no quisieron la guerra, contra los profesionales de ella que la provocaron convencidos de ganarla y hacer su negocio; en esta hora grande, pues, que estará en la memoria de los siglos y bajo la mirada de mil generaciones, hagamos afirmación rotunda de nuestra fe en la República, de nuestra voluntad de recuperarla, de nuestra capacidad de entendernos y de nuestra confianza de superarnos conduciéndola a una justicia mejor.

Y, aun a riesgo de resultar más importunos de lo que ya parecemos al mundo de ciertas esferas, suscribamos todos un voto a la Conferencia de San Francisco para ayudarles, a los que allí se reunan, a ganar la batalla de la paz, encareciéndoles, en nombre de un pueblo maltratado como el que más, como condición necesaria de esa segunda victoria tan importante como la de las armas, que la justicia que el mundo espera de las Naciones Unidas triunfantes, no tenga el lunar de una España abandonada a los traidores, no dejando al derecho ultrajado otro camino que el de la violencia.

Aquella inhibición que decíamos, aquel desvío primero, aquel juicio de los prudentes a lo Caifás, de que valía mejor sacrificar un inocente para salvar la paz general, que no se salvó, por el cual juicio fué condenada la República Española, dió evidentemente a Franco una posición internacional y unas posibilidades estratégicas que se prestaban fácilmente a haber podido causar daños mayores aun que los muy grandes que ya produjo a los Aliados en las horas críticas de la guerra que indefectiblemente vino después. Traidor, no por accidente sino por naturaleza aquella calamidad de España, y traidor por consiguiente a la República a la que había reiterado sus seguridades mientras laboraba contra ella, y traidor al rey de quien admitió los dineros de Judas a que aquél contribuyó con sus partidarios, los Aliados hubieron de comprar al alto precio de tolerancias y favores culpables, una neutralidad que realmente nunca ha existido, y que si no llegó a ser la guerra, se debió principalmente a la sorda oposición del pueblo español y a que no llegara quizás a tanto la conveniencia de Hitler y Mussolini. Los cuales siguen sin denostarle, a pesar de su ridículo rompimiento con el Japón y las protestas y oficiosidades que está prodigando ahora a las Democracias porque, maestro como es de duplicidades y actuaciones equívocas, esperan seguir sirviéndose de él como antes. La misma especie de amnistía, condicionada y pobre, que la prensa ha anunciado estos días, es una pieza más de la misma comedia que denunciamos. Franco piensa en su propia amnistía, en la amnistía para ellos, para sus criminales de guerra, para sus felonías pendientes, a cambio de los desgraciados que se atrevieran a regresar fiados de que puedan haber abandonado sus instintos de lobo los victimarios de seis años de venganzas, en un régimn que es la legalización del crimen y la arbitrariedad de unos pocos contra todo el pueblo español. Para nosotros, que no tenemos que arrepentirnos de nada por mucho que la desgracia haya cargado su mano sobre nosotros, no hace falta amnistía. Iremos con la frente levantada cuando podamos ir a reclamar nuestros derechos.

Así, pues, no es el decoro de España, es el decoro del mundo el que exije el saneamiento de nuestra antigua piel de toro extendida entre Europa y Africa, bañada de tres mares y cubierta por el más hermoso de los cielos.—CORRESPONSAL.

POSICION REITERADA

Los socialistas españoles en Africa y la Junta Española de Liberación

La nueva Comisión Ejecutiva de la Federación Socialista de Africa del Norte se ha dirigido a la Junta Española de Liberación para ratificarle su adhesión en virtud de los acuerdos adoptados en su II Congreso, recientemente celebrado. De la carta entresacamos el siguiente párrafo:

"Empezamos nuestras relaciones con esa Junta a partir de la celebración de nuestro primer Congreso, donde ya se formuló una declaración de simpatía hacia ustedes. Amplió y afirmó nuestra estima a ese organismo la resolución del Comité Central de Africa del Norte celebrado durante el mes de agosto y ha sido nuestro último Congreso el que ha decidido nuestra total adhesión a esa Junta a través del organismo filial de la misma que radica en Francia. Vean ustedes en esta marcha ascensional en la adhesión hacia esa Junta por parte del movimiento socialista norteafricano la expresión de nuestra creciente simpatía y admiración hacia ese organismo que ha sabido dotar a los supremos intereses españoles de una representación calificada en momentos los más difíciles de nuestra historia."

Firman la comunicación Elías Luis Moreno, como presidente, y F. Vizcaíno Vita, como secretario.

En Santiago de Cuba

"Los días son de lucha y hoy la consigna es: contra Franco"

Santiago de Cuba, abril 25. (Por avión). — El día 21 de abril, el Centro Republicano Español celebró el acto conmemorativo en honor de la República proclamada el 14 de abril de 1931.

El espacioso Teatro Martí presentaba lucido aspecto; en la presidencia, el del Centro Sr. Julián de Agua, el alcalde en funciones Sr. Mariano Roca, los concejales y socios del Centro Sres. Gerardo Abascal y Sabino Rodríguez; representantes de los Republicanos de San Luis Sres. José Santiago y Ferand; de Palma, el Presidente del Círculo, Sr. Antonio Núñez, el Presidente del Frente Antifascista, Sr. Palomino; el Sr. Medina; los viejos republicanos Sr. Castellanos y Sr. Morales, el representante de la Juventud Auténtica, socio del Centro Sr. Márquez; delegaciones de la Colonia China y Kuomitang. Gran número de señoras ocupaban la sala.

Abierto el acto, la Banda Municipal, ejecutó los Himnos Nacional y de Riego, que fueron muy aplaudidos.

El Presidente instó al público a que, puesto en pie un minuto, se honrase al gran Roosevelt, cuyo retrato presidía el escenario y se efectuó así con la más honda emoción.

Se disculpa a los representantes ante la Cámara Sres Rivero Setién y Lamberto Rodríguez que, estando anunciados, no pudieron venir al acto.

El Sr. Adonis Rodríguez, ex combatiente y Jefe de Aviación española, presidente de la Comision de Propaganda, empieza su discurso diciendo:

No soy ex combatiente: contra Franco combatí ayer, combato hoy y combatiré mañana. En el Ejército le enseñaron que al honor había que someter las diretrices de la vida y Franco, actual jerarca del Ejército, fué traidor y perjuro. Por leales al honor la historia inmortalizó a hombres, pero el vocabulario franquista agotó el deshonor, manchando una honrosa tradición española. Habla de la amnistía y la considera un sarcasmo falangista. ¿Cómo acogerse a ella, para regresar a un país que es inmensa prisión, cuando se vive en una América libre y democrática? El que necesita una amnistía es él y no la logrará porque, criminal sumo, asesinó hasta la Fé, que nos concede sublime rango de ser humano.

Hoy es un día glorioso. Berlín cae ante el incontenible ejército aliado que clava arpón mortal en el corazón de la fiera totalitaria.

Los españoles que preferimos morir de pie a vivir de rodillas, continuaremos luchando hasta estirpar la tiranía de nuestra Patria.

Gerardo Abascal, antiguo socio del Centro Republicano y hoy Concejal por el Partido Auténtico, comienza recordando la frase de Martí: "Trinchera de ideas, más fuerte que de piedras". El hombre deja de ser hombre si pierde la libertad. La democracia es la aptitud moral del hombre, para luchar dignamente en la vida. El cubano nunca se quiso someter a la tiranía y por eso luchó siempre; primero para independizarse, después para vivir en una democracia.

El Secretario del Centro Republicano Español, Dr. Rodríguez Dranguet, inicia su discurso saludando en la persona del Alcalde Sr. Mariano Roca, al Presidente del Ayuntamiento que, el día 12, acordó en sesión solemne, por unanimidad, pedir al Senado la aprobación de la proposición del Senador Dr. Agustín Cruz, sobre el rompimiento de relaciones diplomáticas con el Gobierno de Franco.

Alude a la figura gloriosa de Maceo, cuyo centenario va a celebrarse.

No quiere hablar de Franco, ni de la Falange, que como criminales de guerra, al igual que Hitler, Mussolini e Hiroito, pertenecen a la jurisdicción de los Tribunales de Justicia.

Afirma su fé en que se cumpla el art. 3 de la Carta del Atlántico y los acuerdos de Teherán y Yalta. Inglaterra no puede seguir la política de Chamberlain, ni de la familia de los Astor del Cliveden. Recuerda una frase de Churchill y confía en el Mayor Attlee y Mr. Eden y demás hombres democráticos.

Monarquía con Don Juan, no. Alfonso XIII fué perjuro. Don Juan vistió de requeté. Los monárquicos conspiraban desde 1934. Si las monarquías no fuesen formas históricas llamadas a desaparecer, la española no podría revivir. Don Juan ofrece democracia. ¿Y los muertos del país destruído? Anglófilo, aliado entusiasta, no puede expansionarse públicamente, mientras no se rectifique el error del Comité de No Intervención.

Nuestra bandera tricolor debe figurar en el desfile que se prepara para celebrar la conquista de Berlín. Los españoles luchamos en Narvik, Dunquerque, Africa, Italia y en París desfilaron nuestros tanques. No es posible otra Santa Alianza. Termina manifestando su fé en la Libertad.

Sabino Rodríguez, antiguo Presidente de la "Casa de la República Española", socio del Centro Republicano y Concejal Demócrata del Ayuntamiento de esta ciudad, dice que no es orador, pero habla para expresar que es necesario en esta fecha conmemorativa. Los españoles se llegue al rompimiento con Franco, como lo acordó el Ayuntamiento.

Hay que insistir por dignidad. Por dignidad luchó por la República Española durante la guerra. Recuerda cómo los republicanos españoles, al arribar un barco alemán, hace tres años, lanzaron un manifiesto: "No querían ver espías en la ciudad" y entonces fueron perseguidos. Los días son de lucha y representar a la Corporación y a la Ciudad hoy la consigna es "Contra Franco".

A continuación hace uso de la palabra el Sr. Mariano Roca, Alcalde en funciones de esta ciudad, y comienza por decir que asiste al acto con alborozo; los españoles republicanos son amigos míos, afirma, y es por tanto un honor que el Ayuntamiento haya delegado en él, para cubanos recuerdan con cariño al Padre Las Casas y con horror a Weyler. Igualmente hoy son admiradores de Azaña y enemigos del régimen franquista. Santiago de Cuba, por medio del Ayuntamiento, ha mostrado sus deseos de que rompa con el Gobierno de Franco. Ha sido un acto de justicia.

Concluye, pues es tarde, expresando: Ya saben los españoles republicanos que están en su casa".

Tras un breve entreacto, se pone en escena "La Zarpa del paralítico" de H. Giner de los Ríos y el motivo español de sabor republicano: "Jaque Mate al Rey" de J. de Burgos, a cargo de la Compañía de J. M. Bejar. Después se recitaron el "Dos de Mayo" y la oda a la Libertad. Todos los intérpretes fueron muy aplaudidos, destacándose la labor de la Sra. y Sta. Beatriz Llaneza y Nadita Bejar así como los Sres. Condomar, Ustrell Guachs y Mestre.

Fué un gran acto en honor de la República Española.—CORRESPONSAL.

NOTAS DE BUENOS AIRES

LA MUERTE DE MENDEZ CALZADA

La muerte de don Luis Méndez Calzada es un motivo de dolor que no se mitiga fácilmente.

Magnífico ejemplar humano, no se sabe bien cuál era el más excelso atributo de su persona, si la inteligencia clara y despierta o el sentimiento nobilísimo inclinado a la tolerancia ante la defección o la desdicha ajena.

Poseía el doctor Méndez Calzada en grado superlativo un poder ejemplar de captación. Su campechanía natural, sencilla y sin recovecos, se aliaba espléndidamente con su aguda distinción espiritual, con la fina delicadeza de su entendimiento claro. Se trababa con él amistad, lógica, naturalmente. Daba una sensación primera de hombre leal, transparente, generoso. Cautivaba luego con su conversación nutrida de doctrina, amena, sin afectaciones, sabrosa como producto de una honda preparación intelectual. Conocer a Méndez Calzada era estimarle muy sinceramente. Tratarle con cierta frecuencia equivalía a quedar prendido para siempre en las redes de su afectuosidad serena y limpia.

El doctor Méndez Calzada había nacido en Asturias, en el pueblo de Navia, en junio de 1888. Vino muy joven, casi niño, a la República Argentina. Aquí tuvo un director y maestro, su tío, doctor Rafael Méndez Calzada, ilustre patricio español que un día ostentara la representación parlamentaria en las Cortes hispanas como diputado republicano. A esta dirección inicial, a este ejemplo señero, fué leal en toda su vida.

En los claustros universitarios de Buenos Aires muy pronto destacó Méndez Calzada, como estudiante, sus cualidades esenciales de actividad y de inteligencia. Alumno de la Facultad de Derecho, fué miembro fundador de la Federación Universitaria de Buenos Aires, secretario general del Segundo Congreso Internacional de Estudiantes Americanos y vicepresidente del Centro de Estudiantes de Derecho. Su actividad organizadora era compatible con su alta devoción por el estudio. Así en el año 1911, después de concluir brillantemente la carrera de abogado con medalla de oro y diploma de honor, se doctoraba en jurisprudencia mediante la presentación de una tesis sobre el contrato de trabajo, su naturaleza jurídica y su doctrina y legislación.

Terminar la carrera no fué para Méndez Calzada la meta de sus aspiraciones. Era, simplemente, ponerse en camino de lograr mayores perfeccionamientos. Con este afán viajó por Europa, y en España y en Francia se adoctrinó muy concienzudamente, siendo discípulo de dos grandes figuras docentes: el maestro don Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza y una de las más nobles representaciones de la ciencia hispánica, y el profesor francés Henry Capitant, catedrático insigne de derecho civil, cuya obra en colaboración con Colin ha sido vertida al castellano con notas e ilustraciones interesantes sobre el derecho español por el profesor Demófilo de Buen.

La diafanidad espiritual del gran pedagogo español encontró un eco profundo en el sereno espíritu de Méndez Calzada. La ciencia civilista del maestro francés determinó la dirección especializada de nuestro inolvidable amigo. De regreso a Buenos Aires abrió bufete y se dedicó a la docencia universitaria. Si en el bufete su labor fué ejemplar y enaltecedora, en la enseñanza se acreditó como meritísimo maestro de bien probadas cualidades didácticas. El abogado recto, honorable, consejero y amigo, más dado a toda conciliación posible que entregado al minúsculo afán pleitista, fué el hombre de confianza de sus compatriotas. La rectitud moral, unida a su notoria competencia, le ganaron el respeto de magistrados y tribunales.

En cuanto a la enseñanza, baste decir que tuvo a su cargo la cátedra de derecho privado profundizado en la Universidad de La Plata, correspondiente al doctorado, y que fué miembro del Consejo Académico de la Facultad hasta el año de 1943, habiendo pertenecido al Instituto de Investigaciones de Derecho Romano, de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires.

Sus publicaciones más interesantes, aparte de la tesis doctoral ya mencionada, son: "Legislación y Jurisprudencia argentina sobre represión de monopolios"; "El poder judicial argentino y su criterio ante las nuevas leyes sociales"; "Rol de la jurisprudencia entre las fuentes subsidiarias de derecho en la legislación argentina"; "La famili y la propiedad en el nuevo derecho español"; "Los fundamentos de las sentencias", y "La función judicial en las primeras épocas de la independencia".

Había escrito también sobre "La nueva legislación orgánica en España", y en los Cuadernos de Cultura del Patronato Hispanoargentino dió a luz un pequeño volumen, sustancioso y meditado, sobre Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República Española.

Fué, asimismo, asiduo colaborador de revistas profesionales y científicas y, en ocasiones, autor de trabajos de carácter político, en los que lucía, junto a su inegable preparación doctrinal, un estilo sobrio, conciso, de un peculiar y bien matizado sentido expositivo.

Accediendo a un requerimiento del Centro Asturiano de Buenos Aires, acababa de entregar una notable monografía sobre Jovellanos, que figurará en el libro en prensa que dicha entidad editará para conmemorar el centenario del gran pensador gijonés.

Fuera de la docencia oficial, su obra cultural fué estimable y de una noble dirección. Alma de la fundación de la Institución Cultural Española, figuró en ella como presidente y secretario en distintas ocasiones y a su mayor brillo y eficacia consagró desinteresadamente afanes y trabajos. Al tesón y al prestigio de Méndez Calzada se debe la venida a Buenos Aires de ilustres sabios hispanos para decorar las tribunas docentes y honrar a la madre patria.

También tuvo participación muy señalada en la fundación del Ateneo Hispanoamericano, hoy Iberoamericano, que preside en el actualidad el arquitecto Martín S. Noel.

Pero hay en su vida rasgos que dan la más exacta noticia de su carácter.

Don Luis, demócrata por convicción, señorial por su preparación científica, no olvidó jamás su prédica doctrinaria. Frente al egoísmo, a la debilidad de tanto sabio, real o fingido, que a la hora del sacrificio daban el espectáculo que ya señaló Séneca, *del piloto que se marea en la tormenta*, él se alzó orgulloso de sí mismo para predicar su convicción y mostrar, sin vacilaciones, la alteza de su doctrina. De 1936 en adelante siguió con el pueblo español, en el anhelo de su justicia y en la defensa de su República. Tenía esto un gran mérito: el de ser una lección ofrecida sin espectaculares gestos a tanto rastacuero despreciable. Don Luis era ya casi un argentino.

En su último libro, al hablar de la Argentina hace esta confesión: "Esta tierra que llamamos nuestra, porque el posesivo surge de nuestra alma con la persistente fluidez de una absoluta identificación espiritual". Pero la raíz honda española no se perjudicaba por ello; antes bien, se refrescaba en remotas contemplaciones. Don Luis se puso en vanguardia para defender el inalienable derecho de la República Española sin pensar en acomodos o en conveniencias. Practicó así una gran enseñanza y exhibió una conducta de noble identidad con los principios a que había rendido culto toda su vida.

Otro rasgo esencial —que lo retrata de modo perfecto— tuvo lugar en 1943. Nada amaba tanto, en el orden intelectual, como su cátedra. Era su orgullo y su pasión. Desde ella podía realizar su íntima vocación de docente, bien despierta después de su comunicación espiritual con Giner de los Ríos. En la época referida el doctor Méndez Calzada se dirigía al Decano de la Facultad de Derecho de La Plata acompañando su renuncia al cargo de Consejero y su renuncia a la cátedra. Lo hacía como miembro de la gran familia universitaria argentina, a la que tenía el orgullo de pertenecer, "por el hecho de haberse separado de la función docente a varios profesores por un procedimiento distinto al preceptuado por los estatutos universitarios". ¡Magnífico gesto y magnífica lección!

Don Luis Méndez Calzada era uno de los más antiguos socios del Centro Republicano Español, a cuya directiva pertenecía en la actualidad.

Tal, en breves rasgos, la vida de este hombre ilustre que nos abandona, de este español de excepción que se va de nuestra compañía.

No escribimos estas notas formulariamente y por cumplir un deber. Las escribimos con el alma dolorida por el fatal contraste. Ya no tendremos el consuelo de su consejo, siempre sereno y bien fundado, ni la dulce intimidad de su confianza, tan señorial y llana al mismo tiempo. Pero no se ha ido del todo. Queda su lección y su ejemplo. Donde quiera que él estuvo puede esculpirse la frase latina: *hic docvit*, "Aquí enseñó". anduvo dejó una enseñanza positiva. Y esa vivirá entre nosotros con el mismo Porque en todos los lugares por donde fragante aroma que su amistad inolvidable y su aleccionadora sabiduría.—*E. R.*

Buenos Aires, abril.

ADIOS EMOCIONADO

EL HOMBRE BUENO

Desde el Centro Republicano me llama al teléfono una voz amiga. De modo tajante me dice:

—Acaba de morir don Luis Méndez Calzada.

Doy un grito y rompo a llorar.

Después he meditado sobre el fenómeno. ¿Por qué he llorado? En mi larga vida he visto morir a infinidad de personas. Entre ellas cientos de amigos míos, algunos de muchísimos años. Lo he sentido más o menos, pero nunca he llorado. ¿Por qué lo he hecho con el fallecimiento de un hombre que no conocía sino desd hace siete años escasos?

Méndez Calzada era un español invariable, que, aun siendo tan arraigado en la Argentina y tan amante de ella, conservó siempre, de modo férreo, su nacionalidad originaria. Méndez Calzada era un abogado y, por consiguiente, mi compañero. Méndez Calzada era profesor ilustre y admirado, que en la última etapa de su vida había dado una muestra magnífica de solidaridad profesional. Méndez Calzada era orador, escritor, conversador delicioso.

Pero no, no. La razón no era ninguna de ésas. Otros hombres de méritos análogos he visto desaparecer y su pérdida no me ha llegado tan a lo hondo del corazón. El motivo es otro. Por encima de todos sus méritos, Méndez Calzada era un hombre bueno. Generoso, afectivo, amante insuperable de su familia, amigo de sus amigos, sincero en sus sentimientos, cordial en la expresión. Ahí estaba su singularidad. Un hombre de buen cerebro se encuentra muchas veces. Un hombre de buenos sentimientos se halla muy pocas.

De ahí viene una meditación profunda, desarrollada de antiguo en mi ánimo. ¿Qué es lo que vale en la vida, la inteligencia o la bondad? Mi solución es cada día más firme. Un pensamiento soberano, una laboriosidad inigualable, nada valen si se dedican al mal. La mayor cultura consagrada a provocar guerras, a fabricar bombas, a mentir, a engañar, a ser indiferente ante el dolor ajeno, a enredar pleitos maliciosos, a combatir la justicia y la verdad, es una cualidad abominable. Una mediocridad vulgar consagrada al amor, a la equidad, a la caridad y al bien, es una prenda digna de adoración. Si por rara casualidad, como en el caso de Méndez Calzada, se unen la sabiduría y la rectitud, el juicio claro y el corazón magnánimo, brota un ejemplo magnífico, enaltecedor de la humanidad.

Méndez Calzada fué una demostración constante para mí, para todos los suyos, para el mundo que busca la libertad, de un corazón abierto, de una voluntad inequívoca y segura.

Por eso, porque Méndez Calzada era un hombre bueno, ante la noticia de su muerte mis ojos se llenan de lágrimas.

ANGEL OSSORIO

Correo patriótico

UNION ● ES FUERZA

Sr. D. Paco Franco de Lequerica.

Mi querido César (o nada).

¡Cuántos desvelos me cuesta tu difícil situación! Tus equilibrios son tales, que si sigues en pie no es ya porque no te empujen, sino porque alguien te sostiene. Si viviera Chamberlain, su paraguas era muy a propósito para la cuerda floja. Pero ¿quién te ha prestado la gran pértiga que va de derecha a izquierda y viceversa? ¿Con el paraguas de quien te permites bailar en el cable?...

En Inglaterra, todos tienen su paragüistas. Eden, idem. Es verdad que, a la hora de llegar los alemanes, lo abrían contra las bombas con un estoicismo sólo comparable con aquel socarrón y bragado de Madrid, cuando el tabernero de la calle de Atocha dijo que él arreglaría el asunto de los bombardeos poniendo una multa a los aviadores enemigos.

Pero ha llegado la hora de la paz, y... ¡caramba! ¡que siguen con el paraguas abierto!... Por lo menos Eden, en cuanto caen cuatro gotas y el viento sopla de España, se cubre y aquí no ha pasado nada.

Ahora bien, Paco: de eso debes aprovecharte tu. Es verdad que a ti en vida te están haciendo las mismas porquerías que al cadáver de Mussolini; cosa que vas soportando hasta ahora con los pies abajo; pero no cabe duda de que hay una fuerza grande, o dos fuerzas grandes, o tres, o cuatro, que están en contra de España, que no quieren que España se levante, no porque seamos rojillos, ni falangistas, ni del cardenal don Segura, de don Romanones o de doña Pasionaria; sino porque somos de Cervantes, Velázquez, Vives, El Greco, Gracián y Santa Teresa; del "Alcalde de Zalamea" y del Alcalde de Móstoles; de Goya, Galdós, Menéndez Pelayo, Unamuno, Azaña y Ganivet; de la Ciudad Universitaria y del Ebro...

Por consiguiente, yo, Juan Falangíbero, entusiasta de tu política, cueste lo que cueste, para defensa de los privilegios que, si no nos vinieron de la "divinidad", por lo menos nos vienen "divinamente", propongo una alianza muy callandito con ciertos grandes países de cuyo nombre no quiero acordarme. Ellos parece que desean que España no levante cabeza; a ti te pasa lo mismo. A poco que te ayuden bajo cuerda, resistes y ahogas con sangre todo deseo de justicia. ¡Justicias a ti, que la haces a la voz de mando!

Unete, con un giro tortuoso y taimado, a los que, sin estar contigo, están en contra de España. Porque tú, como en buena hora no has leído más que la "Balística", el "Ripalda" y el "Manual del perfecto Verdugo", no sabes que España, a pesar de cuanto hacéis la masa de obispos y la de los señoritos, está siempre empujando. Y eso —que otros países sí que lo saben—, no es bueno, chico.

A poco que hagas, ya son nuestros. Cuanto más "grandes" sean, más recelan de España. ¡A por ellos!...

¡Todos contra España, poco más o menos como en julio del 36, chato! ¡Unión es fuerza! Tuyo — JUAN FALANGIBERO.